

EL GLADIADOR GALACTICO

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL GLADIADOR GALACTICO

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS





ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

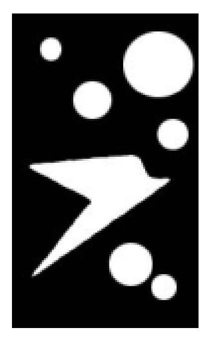
EN ESTA COLECCIÓN

1. — El coloso del espacio, Joseph Berna.
2. — Pánico entre las raptadas, Ralph Barby.
3. — *Asunto de vida o muerte,* Kelltom Mclntire.
4. — Criaturas artificiales, Curtís Garland.
5. — *¡Viva Marte!,* Clark Currados.

RALPH BARBY

EL GLADIADOR GALACTICO

Colección LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 430
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 29.979 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: noviembre, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

La oscuridad era total, tan absoluta, que David tenía la sensación de que le habían arrancado los ojos, dejándole las cuencas vacías. Ya no era negrura lo que tenía en derredor, sino nada, absolutamente nada.

Siguió avanzando por el estrecho corredor. Cada vez que sus manos encontraban una puerta, trataba de empujarla para que cediera. Así recorrió más de diez puertas por aquel angosto corredor hasta que encontró una puerta que cedió tan silenciosamente, que era imposible oírla.

Tenía los músculos preparados para dispararse como cuerdas de arco. Sus manos estaban listas para la defensa y el ataque. El adversario podía surgir de cualquier parte, desde la derecha, por su izquierda, por delante o por detrás, si avanzaba unos pasos más. Iba descalzo y el suelo era de una arena tan fina que no crujía bajo sus pies.

De pronto, captó una respiración que no era la suya. Contuvo sus pulmones, los inmovilizó dentro del pecho y siguió escuchando la otra respiración. No cabía duda, estaban cerca el uno del otro. Quizá su enemigo se hallaba agazapado, acuclillado, ya que oía la respiración como procedente de un nivel inferior a su oído.

Una mano nervuda le tocó una pierna con el dorso. De inmediato, aquella mano reaccionó vivamente y le atenazó el tobillo tirando de él bruscamente para hacerle caer, y lo consiguió.

Al caer, David giró sobre sí mismo. Se encogió por la rodilla que correspondía a la pierna atrapada y con la otra, dio un talonazo. Tocó a su adversario aunque no en la cara, debía haberlo hecho en un hombro.

— ¡Aaagg!

Los dos se revolvieron en una pelea a ciegas. Había que notar cada movimiento del adversario por sus contracciones, por los giros que daba a sus miembros.

El enemigo contra el que luchaba David era de temer, era un ser del planeta Yorra.

Los yorrícolas eran individuos algo primitivos pero muy fuertes; de haber sido más velludos, habrían tenido un gran parecido con los gorilas terrestres. Cuellicortos, de brazos casi más largos que las piernas y cuerpos terriblemente duros.

Uno de aquellos largos brazos le rodeó el cuello y comenzó la estrangulación. David, sudando por el esfuerzo físico, tenía, ahora, la impresión de que veía un océano rojo, reverberante de luces estelares, en la absoluta oscuridad.

Mientras, alguien al que no veía, contemplaba la pelea en la oscuridad a través de una pantalla y gracias al visor de infrarrojos.

David clavó sus codos en los flancos de su enemigo y casi de inmediato, lanzó sus manos hacia arriba y hacia atrás. Logró atrapar la cabeza del yorrícola y lo proyectó por encima de él.

David tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritar. Tuvo la impresión de que le arrancaban, a él, la cabeza del tronco, ya que su adversario no le soltó al salir despedido por encima de él.

David le siguió en la caída y le hizo una presa en la cintura con las piernas, comenzando a asfixiarle. El yorrícola no parecía dispuesto a quedarse quieto y más que respirar, bufaba, quizá eran ya estertores mientras intentaba golpear la cabeza de David con sus puños.

David tuvo que encajar algunos de aquellos golpes, pero logró sujetar las manos que le atacaban como martillos. De esta forma,

continuó la estrangulación del abdomen de su enemigo con ambas piernas, mientras le impedía seguir golpeando con los puños.

Ante aquella presión, el yorrícola cedía y cedía, hasta que dejó de ofrecer resistencia. Entonces, David soltó la presa y se puso en pie.

Desde el lugar en que había estado contemplando la pelea gracias al sistema de T.T.V. en infrarrojos, Absolonius pulsó un botón y se hizo la luz.

David se vio dentro del círculo cerrado por paredes y puertas, era una sala de lucha. Lo mismo que su adversario, David vestía tan sólo un pequeño *slip* con un protector para los genitales.

El yerricola yacía en el suelo, desmadejado, pero respiraba; ambos estaban empapados de sudor.

— ¡David!

—Le escucho, Absolonius.

— ¿Por qué no le has matado?

David, que no veía al senador Absolonius, respondió:

—No tenía por qué matarle, ya está vencido. Es de lo que se trataba, ¿no? Uno de los dos tenía que vencer.

—Si hubiera vencido él, te habría matado —puntualizó Absolonius a través de los altavoces, pues David no le veía.

David miró al caído y se encogió de hombros.

—Es posible, los yorrícolas son aún muy primitivos aunque se hayan incorporado a nuestra civilización de la era galáctica.

—Así es, David. No todo es técnica, hay mucho más. Abandona el coso, te espero, he de hablar contigo.

David miró al caído y señalándolo preguntó:

— ¿Qué pasa con él?

—En unos pocos minutos, cuando su respiración se haya normalizado, estará bien. En mi control veo los datos que emite su corazón, el ritmo pulmonar y también capto los efluvios bioeléctricos de su masa encefálica; puedo decirte que se está reponiendo

rápidamente. Este yorrícola es un buen luchador aunque tú le hayas vencido. Para él ya es un honor haberse medido contigo, tú eres el campeón de lucha de la civilización terrícola, el hombre más fuerte, atlético y perfecto.

—Eso de que soy el campeón de la civilización terrícola hay que demostrarlo todavía.

—Lo demostrarás. Te he preparado para que seas el campeón y no habrá quien pueda vencerte. Si yo considerara que puedes ser vencido, no habría puesto mi completa confianza en ti.

David abandonó el coso por una de las puertas que se abrió automáticamente. Sólo tuvo que seguir por un corredor que le condujo a un ascensor. Se introdujo en él y éste se puso en marcha sin que el propio David tuviera que pulsar ningún botón.

Se encontró en una antesala donde había cuatro personas. Tres de ellas eran vigilantes personales del senador Absolonius y vestían como tales, incluyendo cascos de plástico antibalas, antiláser y antiultrasonido. La cuarta era una mujer y no podía decirse que guapa. Alta, dura, de rasgos y ademanes secos, al ver al joven David lo escrutó de arriba abajo.

David pensó que no era la suya una mirada provocativa ni cargada de libidinosidad; más bien parecía una mirada profesional.

—Adelante, David.

David cruzó el umbral de la puerta que se abrió para él y se vio en el lujosísimo y amplio despacho del senador Absolonius.

Nunca hasta aquel momento había visto personalmente al senador, aunque sí le conocía por sus reiteradas apariciones en las pantallas de T.T.V.

Lo que más impresionaba del senador Absolonius era su estatura, era muy alto y lo parecía más, debido a su delgadez. Su cabeza se veía coronada por una gran masa de pelo blanco, quizá prematuramente canoso, aunque Absolonius tenía los rasgos de un albino.

Pese a todo, no tendría más de cincuenta años, y para un joven como David, cincuenta eran muchos años.

Absolonius tenía mirada de halcón y una nariz prominente que

semejaba el pico curvo de la temible ave rapaz. Vestía una túnica negra brillante que reverberaba cualquier luz que pudiera converger en ella. También usaba una especie de fajín púrpura y lucía un gran collar en el que se hallaban engarzados rubíes grandes como almendras, rubíes que, obviamente, no habían sido sacados del planeta Tierra.

Eran de una pureza total y la reflexión de la luz no era idéntica a los rubíes que podían encontrarse en la Tierra. Cualquier laboratorio de gemología los identificaría como gemas extrañas al planeta.

—Eres hermoso, muchacho, hermoso y joven. Posees la mayor riqueza que existe en la vida.

—No pienso yo igual, Absolonius.

—Claro, tu vigor, tu juventud, tu belleza física, es algo natural para ti, algo que no te cuesta ningún esfuerzo conseguir, pero dejemos eso.

—Lo que usted diga.

— ¿Sabes para qué te he traído a mi palacio?

—Supongo que he sido escogido como luchador.

—Exactamente, David. Has llegado a ser el mejor luchador integral que yo haya visto jamás.

—Es un gran honor que usted diga eso de mí cuando han pasado tantos luchadores por sus manos, como director general del deporte y espectáculo en la Confederación Terrestre.

—Sí, llevo mucho tiempo controlando a atletas, a fenómenos circenses, a luchadores como tú. Ya en la niñez, por tus excepcionales condiciones físicas, fuiste escogido para la lucha y te llevaron a un colegio de luchadores donde te entrenaron adecuadamente.

—Así es —asintió David, y hubiera querido añadir algo más que en aquellos momentos se tragó.

Nadie le había preguntado jamás si deseaba ser luchador, como milenios antes tampoco nadie se lo había preguntado a los gladiadores del circo romano.

Ahora todo era más limpio, más aséptico, pero el circo con

verdadera sangre para que los espectadores rugieran a gusto, satisfaciendo así sus instintos animales, había vuelto.

Lucha integral, competición abierta para una sociedad que se aburría.

—Has sido seleccionado para la olimpíada de Save.

— ¿La olimpiada del planeta Save?

—Sí. ¿Qué dices a eso?

David parpadeó, sorprendido.

—Es un gran honor para mí, Absolonius El mayor honor para un atleta o un luchador es participar en la olimpíada del planeta Save.

—Sí, es un gran honor y también es cierto que no todos, al terminar el combate, hacen lo que tú,

— ¿Perdonar la vida al adversario?

—Sí, Ya no es como en tiempos de los romanos; entonces, era un emperador quien ordenaba la muerte. Es el vencedor quien tiene el derecho, precisamente por ser vencedor, de otorgar o aplicar la muerte al vencido, ése es el criterio que seguimos ahora.

—Lo sé, jamás lo he olvidado.

—Bien, ya sabes que tú serás uno de los representantes de la Confederación Terrícola en la olimpíada de Save.

—Haré lo imposible para que nuestra bandera suba al *pódium* de los vencedores.

—Eso esperamos de ti y de los otros doscientos jóvenes más que iréis. —Hizo una pausa, muy breve, y prosiguió—: Pero hay algo más.

David le miró interrogante. Sus ojos azules y limpios preguntaban sin impaciencia. David poseía un rostro franco, un rostro duro y, a la vez, tranquilo. No transpiraba violencia, odio ni escepticismo; era un rostro enmarcado por un abundante cabello lacio color oro viejo.

—Le escucho, Absolonius.

El magro senador, que tanto y tanto poder tenía dentro de la

Confederación Terrícola, pulsó varias teclas en el panel de mandos de su mesa escritorio. En la gran pantalla de T.T.V. apareció un lugar de boscaje muy agradable junto a la orilla de un río de aguas claras.

Moviendo un dial, Absolonius fue acercando las imágenes. Apareció una cabaña y delante de ella, dos ancianos, hombre y mujer.

— ¿Lo ves, David?

—Sí, dos ancianos. Tendrán más de ochenta años, ¿verdad?

—Su aspecto físico así parece indicarlo. No sé los años que tienen, lo que sí puedo asegurarte es que son savitas.

David, perplejo, miró con ojos incrédulos a los dos seres que estaban en pantalla, ignorantes de que a mucha distancia les observaban con detenimiento.

— ¿Savitas? Imposible, si los habitantes del planeta Save no tienen ancianos.

—Pues ellos son savitas. En realidad, son dos desertores a los que nosotros acogimos dándoles protección pero en el más absoluto secreto. Por supuesto, David, todo lo que te estoy explicando es en el más absoluto secreto. Si te fueras de la lengua, serías exterminado.

—Comprendo, *topsecret.*

—Con pena de exterminio si se viola ese *topsecret.*

— ¿Y quiere decir que ese par de savitas han envejecido, precisamente, por estar lejos de su planeta?

—Es obvio, muchacho. Los savitas, en su planeta, no envejecen, o por lo menos se vanaglorian de ello. Se consideran inmortales, pero una vez traídos aquí, aislados totalmente de su medio, comienzan a envejecer y no a nuestro ritmo, sino mucho más acelerado. Por cada año nuestro de envejecimiento, ellos envejecen diez.

—Es extraordinario, un envejecimiento acelerado... ¿Y sabían ellos que iba a ocurrirles esto?

—No, no lo sabían. Los savitas, tres siglos y medio atrás, fueron colonos terrícolas que, tras descubrir el planeta Save y conseguir las dos primeras generaciones de colonos allí afincados, lucharon por su independencia. Debido a la gran distancia que les separa de nuestro

Sistema Solar, les fue fácil conseguirla. No podemos olvidar que, por aquel tiempo, las naves interestelares eran muy rudimentarias, no llegaban ni siquiera a la velocidad de la luz. La tecnología de la navegación espacial ha avanzado mucho y ahora no podrían conseguir esa independencia que lograron siglos atrás y que han consolidado.

—Sí, conozco la historia. En realidad, a lo largo de nuestra civilización siempre ha ocurrido así. Los conquistadores descubren nuevas tierras, llegan los colonos y después comienzan las guerras de independencia; no es nada extraño.

—No, no es nada extraño —asintió Absolonius—, sólo que, a la larga, los que se separaron en independencias en el planeta Tierra, incluso en las colonias de la Luna, Marte y Venus, terminaron por unirse a la Confederación, pero las savitas no lo harán jamás.

—Se puede dar tiempo al tiempo.

—No, no se unirán jamás mientras tengan el poder de la inmortalidad. Ellos no envejecen y si mueren es de forma traumática, peleas, accidentes. Haber vencido a la vejez les da un gran poder, por eso tienen una gran flota espacial de protección que impide que cualquier nave intrusa se acerque al planeta Save. Las naves controladas llegan al astropuerto y allí son rigurosamente examinadas. Ni un solo extranjero ha conseguido introducirse clandestinamente en el planeta Save. Cuando son descubiertos, pasan a prisión y luego son deportados. Incluso, ha habido muchos que han desaparecido, se supone que desintegrados por las armas de Save.

—Pues, una olimpíada en Save dará posibilidad a que se cuelen en el país muchos intrusos, clandestinamente.

—No lo creas, todos estaréis perfectamente controlados. Según mis noticias, están preparando un triple cinturón de policía en derredor de cada grupo concurrente a la olimpíada. Poseen un gran secreto, haber vencido a la terrible vejez, y no quieren compartirlo con nadie. Mantienen un control muy estricto de su propia población, se consideran un planeta perfecto.

David apartó los ojos de los dos ancianos que se veían tristes, apagados, muy cercanos a la muerte. El cuerpo se les había ido secando y tenían la piel pegada a los huesos. Miró a Absolonius para preguntarle:

—Usted quiere decirme algo, ¿verdad?

—Sí, David. Eres despierto y te he seleccionado a ti para que trates de descubrir el secreto del planeta Save.

—Eso es imposible, nadie ha conseguido averiguarlo.

—Admito que no tienes muchas posibilidades y si te descubren espiando, te exterminarán, por eso deberás ser muy astuto y lo cierto es que te han preparado para que lo seas. No te han entrenado en la lucha en la oscuridad, bajo el agua, sin gravedad, en los medios más hostiles, para ganar una olimpiada; no, te han entrenado para que puedas conseguir más, mucho más.

— ¿Debo entender que he sido preparado como espía?

—Sí, aunque no te dieras cuenta de ello, pero no te han adiestrado como a un espía en la forma usual, es decir, introduciéndote en el manejo de la electrónica, criptografía, etcétera, técnicas que, por otra parte, ahora sí te enseñarán a utilizar en cursillos acelerados; te hemos preparado para la lucha, porque deberás luchar.

—Si durante la olimpíada estoy controlado por un triple cinturón de policías, más o menos visibles, ¿cómo voy a conseguirlo?

—Tú verás la forma, eres un muchacho listo.

— ¿Y por qué no trata de sobornar a un savita para que le dé la información sobre la erradicación de la vejez en el planeta Save?

—Porque esa información no la conocen ni los propios savitas, es un secreto a nivel de Estado. El pueblo vive su felicidad de permanecer siempre en una madurez joven, sin envejecer, y no sabe a qué se debe su casi inmortalidad. Vive feliz, sin hacer preguntas.

— ¿Y cómo podré averiguarlo yo, un terrícola?

—Cuando llegue el momento lo sabrás.

David vació lentamente el aire de sus pulmones.

—No me gusta hacer de espía —dijo.

Absalonius lo miró con fijeza.

—Sabes que cualquier miembro de nuestra Confederación Terrícola está obligado a cumplir cualquier misión que le sea encomendada en pro de nuestro Estado, de nuestro planeta. Una

misión como la que a ti se te confía puede ser vital para nuestra civilización, y el que se niega a cumplir una misión de esta índole pierde todos sus derechos como ciudadano, porque no sólo tenemos derechos, sino también deberes para con nuestra Confederación.

—Lo sé, lo sé, pero no se le puede exigir a nadie que se convierta en espía.

—Es cierto, pero en casos como el presente, los derechos del ciudadano quedan superados por otros motivos, no importa cuáles. Tú no querrás convertirte en la basura de los marginados de nuestra Confederación, ¿verdad? —Antes de que el joven David pudiera replicar, Absalonius continuó—: Tienes un gran futuro por delante, puedes convertirte en el ídolo de nuestra Confederación y después, por mucho que pidas, serás complacido. Riqueza, hembras, posesiones, cargos en la flota espacial, todo podrá estar en tus manos si consigues arrancar á los savitas su secreto de la eterna juventud.

— ¿Y si, pese a intentarlo, no lo consigo?

—Si lo intentas y no lo consigues, no se hará público tu trabajo, pero igualmente serás recompensado. Yo me encargaré de que tengas buenos cargos a tu regreso.

—Está bien, Absalonius, acepto la misión y no por las recompensas sino por cumplir con mis deberes de ciudadano de la Confederación.

—Sabia que así lo aceptarías, muchacho, pero deberás jurar fidelidad a nuestra Confederación Terrícola.

—Como ciudadano, ya va implícito ese juramento.

—Este es un juramento extraordinario conforme no revelarás en ningún momento cual es la misión que se te ha encomendado.

—Si así se debe hacer, no eludiré mi responsabilidad.

—En realidad, este juramento extraordinario te convierte en agente de seguridad de la Confederación y, por tanto, está sujeto a las leyes de la milicia que, obviamente, son más rigurosas que las civiles.

—Trataré de cumplir con lo que de mí se espera.

—Perfecto. En adelante, tendrás un entrenador muy especial.

— ¿Entrenador de lucha?

—Sí, se llama Emilova.

— ¿Una mujer?

—Sí, una mujer será tu entrenador y tu masajista, una mujer que conoce muy bien su trabajo y lo que puede sacar de ti. Por supuesto, ella escogerá a luchadores para que, en todo momento, te mantengas entrenado. Deberás sujetarte a sus directrices.

—Preferiría que fuera un hombre.

—Muchacho, no temas, no has de luchar contra ella

Pulsó un botón y se abrió la puerta automáticamente. Al mismo tiempo se borró la imagen de la pantalla.

La mujer alta y seca que aguardaba en la antesala avanzó con una media sonrisa de suficiencia. Estaba muy segura de sí.

—Emilova, te presento a tu pupilo.

—Hola, David —le saludó ella—. Sé que eres bueno, pero eso no quiere decir que te vaya a dejar descansar.

David comprendió que estaba atrapado, aquella mujer iba a ser implacable con él. Sus ansias de libertad, siempre sujetas, deberían seguir contenidas, no habría libertad para él hasta que terminara con la misión que se le encomendaba, si es que salía vivo de ella.

CAPITULO II

El tradicional estampido marcó la salida de los atletas, David era uno de ellos.

No tenía la misión de convertirse en el mejor corredor de obstáculos, esa no era su especialidad deportiva, mas la implacable Emilova le obligaba a participar en todas las disciplinas para que no quedase un solo músculo de su cuerpo sin tensar: Lanzamiento de peso, de jabalina, de disco, halterofilia, salto de altura con pértiga...

Emilova lo hacía participar en todas las disciplinas junto a los campeonísimos de cada una de ellas. David, un atleta completo, quedaba bien en todas las disciplinas deportivas aunque, como era lógico, no era el campeón en ellas, ya que atletas muy especializados y dotados para cada una de las distintas pruebas conseguían las marcas récord; más David hacía un buen papel en todas ellas.

Los diez hombres, cinco de ellos seleccionados para la olimpiada en el salto de obstáculos, se lanzaron en pos de la meta. El tramo a recorrer era de cinco kilómetros, distancia singularmente dura, pues se habían abandonado los cien metros vallas y los cuatrocientos, por considerarlas pruebas demasiado fáciles.

Para los cinco kilómetros con salto de obstáculos había que estar singularmente dotado para aguantar hasta el final, ya que lo mismo se podían encontrar vallas de metro sesenta de altura que setos con valla metálica intercalada y que tenían un ancho de metro y medio por uno de altura.

Otros obstáculos eran zanjas de dos metros de anchura o tres, pues no todas eran iguales, lo que obligaba al atleta a calibrar en cada momento la potencia del salto.

Había que tener la mente despierta, los ojos atentos y el poder físico al máximo, unos buenos pulmones para oxigenar unos músculos que quemaban energías velozmente y un corazón capaz de resistir el esfuerzo exigido sin que se agotara antes de los cinco kilómetros.

David comenzó a rebasar los obstáculos, con limpieza. Siete de los diez hombres fueron muy igualados en el primer kilómetro, sólo tres quedaron descolgados. La prueba era muy dura y había que tomársela con mucho cálculo. Precipitarse en el primer kilómetro

significaba quemarse antes de llegar al segundo kilómetro y quedar exhausto entre el segundo y el tercero, cuando aún faltaban dos, y así sucedió.

A partir del tercer kilómetro, los pulmones, el corazón, los músculos que hacían avanzar los cuerpos mejor autocontrolados, siguieron a la cabeza, es decir, David y un negro alto y delgado. El resto de los participantes fueron quedando atrás.

El negro, campeón de aquella especialidad, vio con temor que no había forma de descolgar a David. Cuando él aceleraba la marcha, David se mantenía a su altura. En los últimos quinientos metros, el atleta negro aceleró al máximo, mas no pudo zafarse de David que, en el *sprint* final, logró adelantarle lo suficiente para ser el primero en rebasar la línea de meta.

— ¡Magnífico, David, magnífico! —gritó Emilova cubriéndolo rápidamente con un albornoz para que no se le enfriara el sudor sobre el cuerpo.

—Felicidades —exclamó noblemente el negro, tendiéndole su mano.

David se la estrechó y preguntó:

— ¿Cómo te llamas?

—Ben Amar.

Entre jadeos, David le dijo:

—Si quieres ganar siempre, búscate una nodriza como la que yo tengo.

—Una nodriza de pechos secos —rezongó la propia Emilova—. Vamos, vamos, a la ducha, que luego hay masaje.

Un poco más tarde, tendido sobre la camilla y desnudo, David recibió la paliza masaje. Las manos puestas de canto no dejaron de atormentar su cuerpo. Después le pasaron un vibrador regenerador por todo el cuerpo para estimular la microcirculación sanguínea. Por último, con camilla y todo, lo metieron en la sauna.

David se amodorró después del terrible esfuerzo, ya no quería pensar. Se había puesto en manos de su entrenadora, que parecía saber muy bien lo que debía de hacer. Después vendría el estricto

control de la dieta, David tenía que ser el vencedor en la lucha integral.

El régimen de confinamiento y total entrenamiento para los seleccionados que debían participar en la olimpíada del planeta Save, era muy riguroso, sólo hombres y mujeres excepcionales podían resistirlo. Otros se desmoralizaban rápidamente.

Al fin aquella noche, por los altavoces de la residencia para los olímpicos interestelares, se pudo escuchar la voz de órdenes, siempre monótona y siempre odiada, que les reclamaba para que acudiesen a la sala de conferencias.

Todos fueron abandonando sus habitaciones o lugares de recreo y acudieron a la sala de actos. En el camino, David se encontró con el negro alto y delgado, que le preguntó:

— ¿Sabe de qué se trata?

—No, no me han dicho nada —respondió David.

— ¿Qué tal tu entrenadora?

—Sigue martirizándome.

—Sí, ya he visto que es muy dura. ¿Te gusta?

—Hum, me lleva más de diez años, aunque realmente no me ha dicho la edad que tiene, habla muy poco.

—Gasta todas sus energías dándote palizas, ¿eh?

—Parece imposible, pero me he acostumbrado. Si me cayera encima un alud de piedras, ni lo notaría; creería que estoy en la sala de masajes con Emilova.

—Supongo que aunque te golpeen con un bastón, aguantarás.

—Sí, estoy entrenado para soportar golpes.

En medio de un gran murmullo general, fueron acomodándose en la amplia sala de actos.

El director del centro salió al escenario, encarándose con los presentes. Los sistemas de megafonía estaban dispuestos.

— ¡Muchachas, muchachos, tenemos la más importante visita

recibida jamás en este centro y hemos de acogerla como merece! ¡Con nosotros, para dirigirnos la palabra, el senador Absalonius!

El director del centro aplaudió y casi al instante, todos le imitaron.

La cerrada ovación dedicada al líder político no terminó hasta que él mismo pidió silencio levantando sus manos.

—Ese tipo no me cae bien —comentó, en voz baja, Ben Amar.

—Es un hombre muy importante, tiene mucho poder —le observó David. —Preferiría una Confederación democrática.

— ¿Democrática?

—Sí, ¿acaso no sabes lo que eso significa? —gruñó Ben Amar.

— ¡Silencio, escuchadme, escuchadme, atletas de la Confederación Terrícola! ¡Tendréis que competir contra los yorrícolas, los humitas y los propios savitas! ¡Será una lucha difícil, pero todos esperamos vuestro triunfo para demostrar que los humanos de la Confederación Terrícola somos los mejores!

— ¡Iiaa! —gritaron todos a coro, levantando el dedo índice extendido hacia arriba en oblicuo, saludo político que identificaba a los humanos de la Confederación Terrícola.

— ¡Porque sois los mejor entrenados!

— ¡Iiaa!

— ¡Porque sois los mejor alimentados!

— ¡Iiaa!

— ¡Inmortalidad para el gobierno de la Confederación!

— ¡Iiaa!

Después de aquella entrega, por lo menos aparente de los atletas, mentalizados en cuál era su deber, Absalonius aguardó a que no se oyera nada y les comunicó:

—Mañana, al amanecer, el *atmo-bus* os recogerá para trasladaros a la nave que os transportará al planeta Save. Partirán, también, otras naves con informadores, espectadores que han obtenido el dificilísimo

visado para entrar en Save y, finalmente, la nave de los dirigentes. Yo viajaré en ella y allá nos encontraremos. ¡Sólo puedo desearos buen viaje, campeones!

— ¡Viva el senador Absalonius! —gritó uno de los atletas, saltando al escenario.

— ¡Vivaaa! —gritaron todos al unísono—. ¡Iiaa, iiaa, iiaa!

—Más que deportistas, parecemos militares —rezongó en voz baja Ben Amar, cerca del oído de David,

—Ten cuidado, pueden oírte.

—Si no fuera porque me gusta el deporte, ya me habría largado.

—Pero ¿qué es lo que te sucede; no te gusta el gobierno de la Confederación?

—No, ¿está claro?

—Cuidado, si te oyen te la juegas.

—Pues, por eso mismo no me gusta —sonrió, sarcástico, Ben Amar—, porque no me dejan decir con libertad lo que me gusta o lo que me disgusta.

—Creo que no estás bien de la cabeza. El gobierno de la Confederación se ocupa de todo, nada falla.

—Pues a mí me gustaría cuidarme de mí mismo, hermano, sentirme más libre aunque me equivocara. A veces pienso que debe ser un placer de afortunados el poder equivocarse.

—De verdad que no te entiendo.

—Si no me entiendes es que tu cerebro está tan dormido como ellos desean. «David, obedece, obedece y no pienses...»

— ¡Bah, tonterías! —le replicó David en voz baja, mientras salían de la sala de actos después de que Absalonius hubiera abandonado el escenario.

Aquella noche tuvieron cena especial, no hubo régimen alimenticio para nadie. Algunos durmieron poco, estaban nerviosos. Faltaba poco para la gran olimpíada interestelar y había que demostrar que eran los mejore; no sólo había que batir a los

yorrícolas, humitas y savitas, sino también a los propios compañeros. Incluso, cada uno de los atletas tenía que vencerse a sí mismo para conseguir récords.

Al amanecer, tras desayunar, fueron a la gran explanada. Allí se había posado, lenta y majestuosamente en descenso vertical, el gran *atmo-bus*. Cupieron los doscientos, más los entrenadores y personal auxiliar.

Ben Amar y David habían entablado una gran camaradería pese a que sus caracteres eran casi diametralmente opuestos.

—Mira, nos ha tocado sentarnos juntos, el blanco y el negro.

—Si sigues moviendo la lengua como lo haces, que no paras de parlotear, cuando regresemos seré yo el que estaré negro.

—No te fastidia... —Bajó la voz para preguntar—: ¿Sabes cuál puede ser uno de los premios a los campeones?

—Pues, ser campeones, ganar la medalla de oro olímpica interestelar y dar gloria a la Confederación.

— ¡Qué chorrada!

— ¡Por todos los diablos! ¿Cuándo hablarás en serio?

—Si te estoy hablando en serio...

— ¿Qué, todo bien por aquí, David? —preguntó Emilova, acercándose.

—Sí, claro, pero ya puedes soltarme la manita, no voy a marearme.

—Ten cuidado con Ben Amar, es muy parlanchín y se te va a ensuciar la boca de oírlo a él.

— ¿Hablar con tacos se contagia? —inquirió Ben Amar, divertido.

—Sí.

Emilova se alejó.

—Parece que no le caigo bien a esa tipa. Si algún día me la encuentro sola y desnuda en las duchas ni me la miro.

—Serás bruto…

Ben Amar se rió un poco y miró a un lado y a otro con su cara delgada, de rasgos nobles.

—Bueno, si no te interesa saber cuál puede ser el premio… —Se encogió de hombros.

—Vamos, suéltalo ya.

—Pues los savitas, a los campeones olímpicos que sean terrícolas, les ofrecerán la posibilidad de quedarse en el planeta Save.

— ¿Quedarse en el planeta Save, para siempre?

—Sí, y no creas que a todos los campeones les ofrecerán esa oportunidad. Un consejo de savitas escogerá a los que ellos consideren que pueden integrarse en su planeta y, posiblemente, mejorar su raza.

— ¿Como sementales?

—Algo así. Al mismo tiempo, como ellos han conquistado la juventud eterna, si ofrecen la oportunidad a un campeón olímpico de no envejecer jamás, mejoran su especie.

—Ellos no desean más natalicios.

—Tienen pocos, es cierto, pero sí algunos. Siempre hay savitas que la palman, un accidente, una sentencia de envejecimiento acelerado.

— ¿Qué dices?

—Nada, cosas que he oído; olvídalo

David, pensativo, ni se percató de que la gran nave *atmo-bus* se elevaba, alejándose de las instilaciones preolímpicas. Era la primera vez que le hablabas de la posibilidad de abandonar la Confederación Terrícola pertenecer al planeta Save, lo que significaba vivir en constante juventud sin llegar a la vejez degenerativa, aunque sí se alcanzaba una gran madurez mental por acumulación de experiencias.

De pronto, recordó el juramento que le exigiera el senador Absalonius, un juramento que iba más allá del juramento normal de fidelidad a la Confederación. Si él traicionaba las órdenes de Absalonius después de haberlas aceptado, sería condenado a la exterminación.

CAPITULO III

La gran nave interestelar horadó los espacios siderales saltando de un sistema solar a otro. Cualquiera habría podido pensar que navegaba majestuosamente cuando lo hacía a una velocidad que, dos siglos atrás, se habría considerado científicamente inalcanzable.

La velocidad de la luz era rebasada en muchos *point* fácilmente, y la nave sólo era visible si otra nave cerca de ella viajaba a la misma velocidad; ni siquiera podía enfocarse con telecámaras. En su viaje interestelar resultaba completamente invisible, más un roce con un meteorito podría desintegrarla. Sin embargo, la gran nave poseía toda clase de sensores para evitar el cruce con cualquier meteorito errante por el cosmos.

Cuando se hallaban ya a pocos millones de kilómetros de su objetivo, comenzó la deceleración. De esta forma, a cinco millones de kilómetros de distancia, habían reducido la velocidad a dos millones de kilómetros hora, lo que resultaba un simple paseo.

Controlada ya la nave por los savitas, salieron a darle escolta media docena de naves milicianas espaciales que controlaban el espacio exterior del planeta Save.

La gran nave interestelar terrestre entró en la órbita del planeta Save y no tardó en llegar una nave *atmo-bus* para acoplarse a la gran nave espacial terrícola. A través de ella entraron los agentes de policía del planeta Save, bien pertrechados de uniforme, protección y

armamento.

El servicio de megafonía interno advirtió:

—Atención a todos los viajeros, dejen sus equipajes, un servicio de transporte cuidará de ellos. Lleven todos su tarjeta de identificación colgada del pecho. Irán saliendo de uno en uno a medida que sean identificados...

El altavoz repitió las normas que deberían seguir para trasladarse al *atmo-bus* que les llevaría a Save, un planeta que inspiraba una gran curiosidad a todos los terrícolas. Después de todo, los savitas eran terrícolas de ascendencia, unos terrícolas que habían preferido romper los lazos con su madre. La Tierra y buscar raigambre en el nuevo planeta Save, nombre impuesto por los pioneros que lo habían descubierto cuando ya creían que todo estaba perdido para ellos, pues por falta de víveres ya no podían regresar a la Tierra.

Tal como se les había advertido, el control fue muy rígido y exhaustivo. No bastaba con que un oficial de frontera espacial diera el visto bueno, había que realizar varios controles que se repetían por si algo se había pasado por alto.

Fotografías tridimensionales, huellas completas de manos y pies por sistema de penetración a través de tejidos, radiografía del esqueleto, flujo bioeléctrico, aura, fonogramas... Nada se dejaba de revisar, así nadie podía pasar clandestinamente ni un personaje suplantar a otro. Pese a todo, la revisión fue rápida debido a los medios de control que poseían los savitas, muy celosos de su planeta.

— ¿Qué, sigues siendo David? —le preguntó Ben Amar.

—Eso parece, porque me han dejado pasar, pero en adelante tengo que llevar este brazalete de identificación.

—Y yo éste.

Le mostró otro brazalete de plastometal en el que iban grabadas todas las identificaciones. Ambos se colocaron los respectivos brazaletes alrededor de sus brazos y sólo tuvieron que hacer una ligera presión para que quedaran adheridos y visibles para cualquier policía savita que pasara cerca de ellos.

La nave *atmo-bus* hizo de puente entre la nave espacial terrícola y el astropuerto de Save, que estaba a las afueras de la metrópoli, capital del estado parlamentario de Save.

En las oficinas de aduanas volvieron a pasar otros controles Los terrícolas eran examinados con más rigor que los otros seres procedentes de distintos planetas, debido a que eran iguales a los savitas.

Tras pasar los controles del astropuerto, todo pareció más tranquilo. La policía se hizo menos visible con sus armas aunque estaban cerca, atentos.

Aparecieron guías y azafatas y a Ben Amar y David se acercó una joven de cabellos color cobre brillante. Era espigada, de cintura estrecha y caderas algo escurridas. Sus pechos eran altos aunque no demasiado voluminosos. La joven atrajo inmediatamente la mirada de David.

—Me llamo Helena —se presentó—. Sed bienvenidos al planeta Save.

—Preciosa, ¿eh, David?

—Sí, muy linda.

— ¿Le preguntamos cuántos años tiene?

La bella savita tuvo un momento de duda; luego sonrió.

— ¿Es importante mi edad para guiaros por nuestra ciudad?

—Como dicen que vosotros no os hacéis viejos, a lo peor tienes cien años —le observó David.

—Para nosotros, la edad ya no tiene importancia. No contamos nuestros años puesto que en Save no envejecemos.

—Pero de alguna forma os identificaréis como más jóvenes o más antiguos —le dijo Ben Amar.

—Si os digo mi número de tarjeta de identificación, me temo que no os aclarará nada, de modo que lo dejamos, ¿os parece?

Echó a andar haciéndoles un gesto con la mano para que la siguieran.

Los dos terrícolas se miraron y fueron tras ella mientras a sus compañeros se habían acercado otros guías. Frente a ellos había un amplio parque de vehículos AHC en su mayor parte de cuatro plazas y líneas muy aerodinámicas para vencer el rozamiento del aire y la

gravitación del planeta Save. Las constantes de presión atmosférica, composición química del aire, gravedad, etcétera, eran muy similares a las del planeta Tierra, lo que para los terrícolas resultaba una ventaja, pues allí no sé sentían extraños.

La temperatura era muy agradable, un tiempo de primavera avanzando hacia el estío. Frente al parque de vehículos había vastos espacios de parterres y flores. El aire era puro, sin polución, y todo parecía muy cuidado.

Ben Amar y David se aposentaron en el AHC y Helena se puso al volante. Al poco el vehículo se levantó unos centímetros por encima del suelo por contragravitación y después avanzó conducido por la bella savita.

— ¡Eh, David!; ¿cuántos años crees que tendrá nuestra chófer?

—Sólo le hago unos cien, aunque parece que está muy bien conservada.

—Sé que es un tema que os interesa mucho a los terrícolas, pero nada concreto os puedo decir, de modo que de nada servirá que sigáis haciendo alusiones a mi edad. Tengo la edad que aparento aunque, repito, esto no tiene ninguna importancia para nosotros los savitas. A la derecha está el gran parque de la ciudad… Allá a lo lejos se ve el edificio ovoide, sede del parlamento…

—No será un parlamento de ancianos, ¿verdad? —se rió Ben Amar.

—Daremos una vuelta por el centro de la metrópoli —dijo ella, sin seguir la fácil broma del joven negro.

David, mirando a un lado y a otro, comentó:

—Es muy bonito y todo está muy cuidado, pero me gustaría ver algo más colorista, más popular que todo el centro burocrático.

Helena, la bella savita, no pareció oír la petición de los terrícolas y siguió conduciendo el AHC por la ruta turística prefijada. En apariencia no había ninguna ruta marcada, aunque la ciudad se había llenado con más de cien vehículos cargados con terrícolas para visitarla en forma rápida.

—Al final de la gran avenida de la Independencia tenemos el centro de investigaciones espaciales.

—Muy bonito, pero si no visitamos algo más pintoresco, me apeo —advirtió Ben Amar.

—No puedes apearte —le atajó Helena—, estáis bajo mi tutela.

—Ni que estuviéramos prisioneros —se quejó David, molesto.

—No se trata de ser prisioneros, pero he recibido la orden de ser vuestro guía y…

— ¿Nuestro guía o nuestro centinela? —insistió David, viendo que Ben Amar se reía. Su compañero parecía tomárselo todo con gran escepticismo, se burlaba hasta de la opresión que le sometía.

Cuando Helena se dio cuenta, David se había pasado de los asientos posteriores al delantero. Se sentó junto a la mujer, la cogió por la cintura y…

— ¿Qué haces?

David, sin gran esfuerzo, la elevó por encima de sus piernas y la pasó a su derecha. Luego, él se colocó al volante mientras el vehículo seguía su marcha por la gran avenida.

— ¡No, no, esto está prohibido! —protestó Helena.

—Si nos perdemos, ya nos guiarás para la vuelta. Ahora, como dice mi compañero, vamos a visitar los lugares más divertidos.

—No puede ser, hay una ruta marcada —insistió Helena, forcejeando con David sin conseguir nada. Era como tratar de mover un roble centenario, David era muy fuerte y se puso a manejar el vehículo AHC sin que la savita pudiera evitarlo.

— ¡A ver adonde nos llevas, David!

— ¡Esto es un acto de indisciplina! —siguió protestando Helena, mientras David hacía virar el vehículo a la izquierda, saliéndose de la gran avenida.

— ¿Qué, acaso debo disciplina a los savitas?

—preguntó David, ya muy molesto.

—Sois extranjeros terrícolas.

—No será tanto, tú también eres una terrícola —le replicó



David.

— ¿Yo una terrícola?

—Claro.

—No, no, yo soy savita,

—Una terrícola independizada, tus antepasados son como los míos.

—No te esfuerces, David —le recomendó Ben Amar—. Ella no quiere saber nada de nosotros los pobres mortales.

—Veremos qué hay detrás de los edificios oficiales.

—Pues, ¿qué va a haber? Más edificios de viviendas. ¿Sabéis que, por esto, se os puede expulsar de Save?

— ¿De veras? ¿Y qué ley hemos infringido? —se asombró David.

—Pues, pues...

—Mira, allá hay un área de apartamentos, a lo mejor hay lugares de diversión —señaló el atleta negro—. ¿Bailáis aquí en Save?

—Pues claro que bailamos.

David se sintió liberado, en parte, y también pensó que quizá podía comenzar a investigar algo sobre la eterna juventud de los savitas, aquella era la secreta misión que le había encomendado el senador Absalonius.

Las edificaciones de apartamentos eran hermosas y nada opresivas, había poca gente por la calle y escaseaban los vehículos. De pronto, algo inesperado hizo que David detuviera el vehículo pisando el freno.

— ¡Aaaaag!

Los tres pudieron ver como un cuerpo humano se precipitaba contra el pavimento. Un ruido sordo, estremecedor, y después el opresivo silencio.

—Sigue —ordenó más que pidió Helena.

David no le hizo caso y saltó del vehículo, acercándose al cuerpo

caído.

Sobre un charco de sangre estaba el cuerpo joven de un savita. El rostro, por la parte superior, estaba intacto. Le había quedado aquel ojo abierto y en él había como un reflejo de angustia y desesperación.

—No se puede hacer nada por él —se lamentó Ben Amar.

—Subamos al vehículo y regresemos a la ruta turística —les pidió Helena, visiblemente nerviosa.

— ¿Por qué, por qué? —inquirió David, mirándola molesto.

— ¿Por qué? No sé, no sé, vamos, vamos.

— ¿Por qué se ha suicidado? Porque esto es un suicidio, no cabe duda, se ha lanzado desde lo alto de ese edificio.

David señaló con su mano el edificio que se alzaba a la derecha.

—Se habrá psicotropizado —replicó Helena—. Hay hombres y mujeres que se sienten angustiados y cometen tonterías, algunos se drogan. Eso pasa en todas partes.

—Yo creía que en este planeta todos erais felices.

— ¿Y por qué habríamos de serlo?

—Porque habéis vencido a la vejez, ¿os parece poco? Siempre sois jóvenes.

Mientras hablaban, se acercó un vehículo policial que se detuvo pausadamente cerca de ellos. Al suelo saltaron varios agentes armados. Uno de ellos portaba una botella de acero plástico a la espalda y en la mano, un tubo por cuya boca cabía un puño y que estaba unido a la bombona.

El oficial, jefe del patrullero, se acercó a Helena para exigirle:

—La tarjeta de identificación.

—En seguida —aceptó la mujer entregándole la plaquita, no mayor que la uña del dedo pulgar, que llevaba colgada del cuello.

El oficial puso la placa sobre la esfera de lo que parecía un reloj-computador y que portaba en la muñeca. Mientras, otro agente se ocupaba de recoger la placa de identificación del muerto y la

entregaba al oficial jefe.

—Tome. Tendrá que dar explicaciones de su presencia en este sector acompañada de dos extranjeros.

—Ella no tiene la culpa —atajó David.

—Vosotros sois extranjeros.

—Callad, es mi problema —les dijo Helena.

—Es que la hemos traído aquí a la fuerza.

—Las explicaciones las tendrá que dar ella —puntualizó el oficial de policía.

—Yo soy terrícola y mi palabra vale la pena que sea escuchada.

—No insistas, David, estos son de los que no piensan —rezongó Ben Amar, a su lado.

—Podría arrestaros, pasaríais a presencia de un juez y, posiblemente, seríais expulsados.

Ben Amar recordó:

—Somos olímpicos.

—A mí eso no me importa nada —replicó el policía.

—No compliquemos más las cosas —dijo Helena, que se sentía cogida en falta—. El oficial de policía tiene razón.

Con cierto aire de desprecio, el oficial puso la placa del muerto sobre la esfera que llevaba en su muñeca para comprobar la identificación. Después, dijo:

—Listos, puede funcionar el servicio de higiene.

El agente que llevaba la botella a la espalda asintió con la cabeza. Bajó un cristal protector frente a su rostro y enfocó el cañón de aquella especie de fumigador que portaba, bajando el gatillo.

Brotó un gas blancuzco que envolvió el cadáver, por completo. Los restos del savita quedaron bajo una montaña de espuma que se había formado sobre él; una espuma que se fue debilitando hasta quedar como una película apenas perceptible en el pavimento. El

cadáver había desaparecido totalmente.

—No olvides presentarte en jefatura central —recordó el oficial a Helena, que subió a su vehículo poniéndose al mando del mismo.

Ben Amar, siempre escéptico, siempre sarcástico, cogió a David por el brazo y le obligó a introducirse en el vehículo

AHC. Este se puso nuevamente en marcha, deshaciendo el camino recorrido.

Pudieron ver a Helena con cara muy sombría.

—Me temo que le hemos hecho una faena a nuestra amiga —comentó Ben Amar.

—Es preciso de que os deis cuenta de que estáis en un planeta que no es el vuestro y que posee unas leyes distintas que, como extranjeros, estáis obligados a respetar —se quejó Helena, de regreso a la gran avenida de la Independencia.

—No podemos respetar unas leyes que no conocemos —replicó Ben Amar, mirando de reojo a David, que seguía callado y ceñudo.

—Eso sólo es una excusa, yo ya os había dicho que no podíamos seguir por aquí.

— ¿Por qué tanta prohibición? —quiso saber Ben Amar.

Antes de que Helena respondiera, casi en tono de gruñido, mordiendo las palabras, David puntualizó:

—Lo que no quieren es que veamos que su planeta no es tan feliz como quieren dar a entender.

—En todos los planetas hay gente que no es feliz —replicó ella.

—Si tienen la juventud eterna, ¿por qué se suicidan?

—Porque hay gente que no sabe gozar del bien que tenemos en Save.

—Si a alguien no le gusta ser joven siempre —comentó Ben Amar—, digo yo que deberían dejarle ser viejo.

A David le gustó la observación de su amigo y aguardó a ver qué respuesta daba Helena.

—Ser siempre joven no es imposición de nadie, simplemente que aquí no envejecemos.

—No puedo creerlo —objetó ahora David—. Habrá algún motivo. El aire, el clima, algún producto vertido en el agua, tiene que haber algo.

—Si lo hay, no lo sabemos. Somos jóvenes siempre y nada más.

—Pero si alguno es sacado del planeta Save, ¿qué ocurre con él?

—Nadie desea irse, éste es el mejor de los planetas.

—Estoy seguro de que habrá un motivo para no envejecer, un motivo que guardáis como secreto.

—No es cierto, nosotros no sabemos por qué no envejecemos.

Ben Amar tampoco quedó satisfecho y, a su vez, preguntó:

—Si no tenéis nada que decir, ¿por qué tanto secreto, por qué tanta policía, por qué tantos registros?

—Son medidas de seguridad nacional.

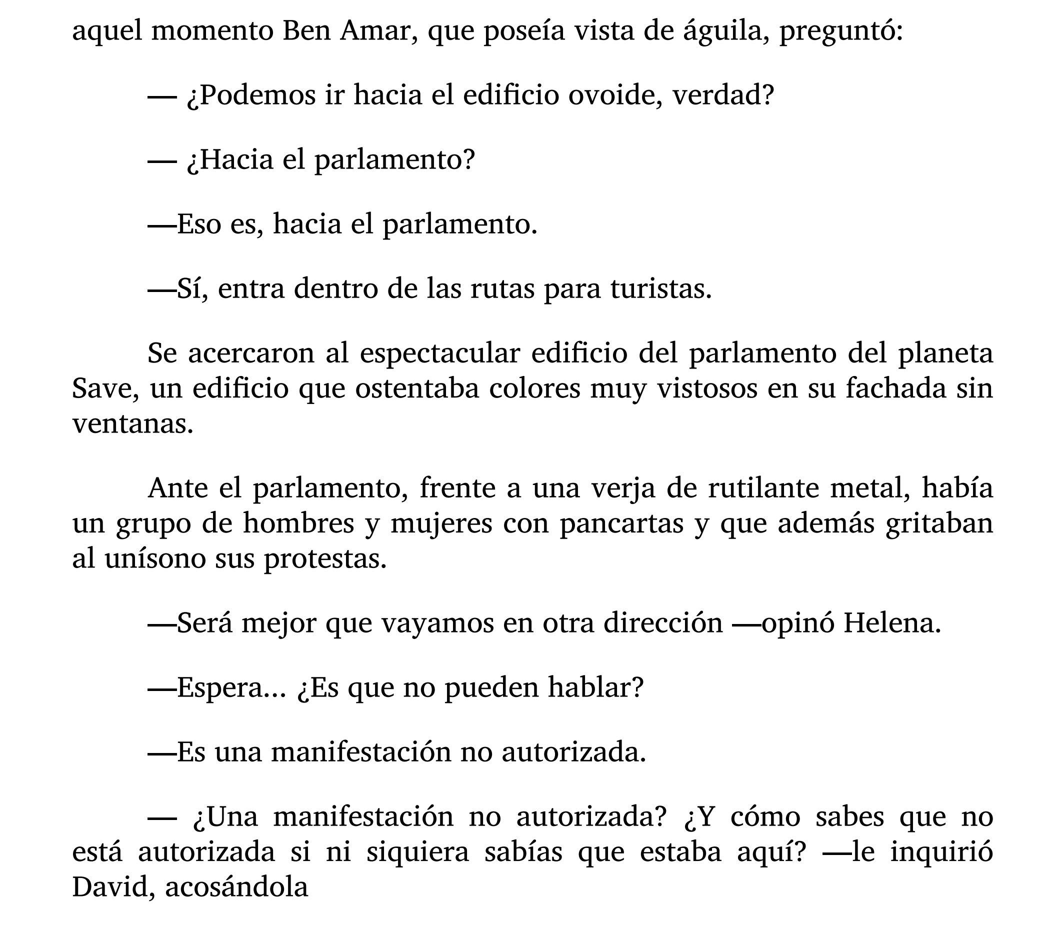
—Eso no es responder —objetó David.

—Esto parece un interrogatorio —se quejó Helena.

—Si eres nuestra guía, deberás responder a las preguntas que te hagamos —le advirtió Ben Amar dando algo de jocosidad a su tono de voz para quitarle dureza a la situación.

—Lo único que puedo deciros es que en el parlamento se acordó mantener duras medidas de seguridad para evitar la llegada masiva de inmigrantes. El planeta sólo admite un crecimiento muy limitado para que no se degrade y mantenga su pureza, su oxígeno, aguas limpias, bosques. Si llegaran inmigrantes masivamente, se rompería el equilibrio ecológico que nos esforzamos en conservar. Hasta es posible que si degradáramos nuestro medio ambiente ensuciando el aire, el agua y el suelo, perdiéramos este gran tesoro que es la juventud eterna.

David no estaba seguro de si Helena les decía la verdad, simple y llanamente, o astutamente se callaba lo que sabía y replicaba con tópicos difíciles de rechazar. Argüían el temor de que la inmigración masiva rompiera el equilibrio que evidentemente disfrutaban, pero en



aquel momento Ben Amar, que poseía vista de águila, preguntó:

— ¿Podemos ir hacia el edificio ovoide, verdad?

— ¿Hacia el parlamento?

—Eso es, hacia el parlamento.

—Sí, entra dentro de las rutas para turistas.

Se acercaron al espectacular edificio del parlamento del planeta Save, un edificio que ostentaba colores muy vistosos en su fachada sin ventanas.

Ante el parlamento, frente a una verja de rutilante metal, había un grupo de hombres y mujeres con pancartas y que además gritaban al unísono sus protestas.

—Será mejor que vayamos en otra dirección —opinó Helena.

—Espera... ¿Es que no pueden hablar?

—Es una manifestación no autorizada.

— ¿Una manifestación no autorizada? ¿Y cómo sabes que no está autorizada si ni siquiera sabías que estaba aquí? —le inquirió David, acosándola

—Si hubiera estado autorizada, lo sabría. ¿Qué os pasa, por qué os interesa lo que grita un pequeño grupo?

—No es tan pequeño, hay un buen puñado de personas —puntualizó Ben Amar.

— ¡Queremos el derecho a la vejez, queremos el derecho a la vejez, querernos el derecho a la vejez! —gritaban al unísono, infatigables.

—Son personas que no soportan bien la vida prolongada, se aburren —dijo Helena.

—Pues que les den el derecho a envejecer.

Se escucharon las sirenas de los vehículos policiales que aparecieron en el área. Los agentes saltaron rápidamente de sus vehículos y se enfrentaron duramente contra los manifestantes, para disolverlos.

De pronto, uno de los manifestantes se roció con un liquido inflamable y casi de inmediato, comenzó a arder como una pira humana.

—Otro suicidio —musitó David, impresionado por el terrible espectáculo.

Los policías hicieron que el resto de los manifestantes se disolvieran lanzándoles rayos electrizantes que provocaban dolorosos calambres en quienes los recibían. Pese a sus armas disuasorias, no habían logrado evitar el inesperado suicidio.

Helena se alejó rápidamente con el vehículo de la zona. Estaba nerviosa y se le notaba en la conducción.

—Creo que si todos los que hemos llegado pudiéramos ver lo que aquí sucede, ya no nos parecería tan atrayente el planeta Save —dijo David, arrellanándose en el asiento.

Helena no respondió; sólo pensó que aquél no era su día de suerte y que los problemas sólo habían hecho que comenzar.

CAPITULO IV

El área olímpica comprendía varios estadios y una docena de pabellones deportivos, cada uno de ellos preparado para, disciplinas específicas.

La lucha integral espacial, en la que participaban lo mismo

savitas que humitas, yorrícolas y terrícolas sin limitación de peso ni edad, pues se trataba de demostrar quiénes eran los vencedores, se celebraba en uno de los pabellones acondicionados y resultó el pabellón que siempre estaba lleno en su totalidad, incluso con público que se quedaba fuera sin poder entrar.

Era evidente que los savitas sufrían aburrimiento, e incluso angustia, en una existencia monótona pese a que disfrutaban de juventud eterna y poseían la mayoría de los placeres deseables.

El espectáculo de la lucha atrajo a los savitas en masa. Los combates eran transmitidos a todos los planetas y colonias, pero los savitas gozaban presenciándolos en directo. Así podían rugir y gritar, inclinándose más o menos hacia uno u otro de los luchadores según les cayera bien o mal su aspecto físico, su nombre o la raza a que pertenecieran.

Para los savitas, ávidos de obtener diversiones excitantes, la lucha estaba por encima de los otros deportes; no en vano la muerte se hallaba presente en el coso donde se desarrollaba la pelea.

La muerte podía producirse durante el combate y también existía la posibilidad de que el vencedor matara al vencido.

Él, y sólo él, podía tomar esa decisión que nadie le impondría.

La posibilidad de ser ejecutado si era vencido era lo que obligaba a los luchadores a emplearse con la máxima entrega, la máxima furia, con todas las técnicas. Perder podía significar la muerte y ninguno de los luchadores deseaba morir.

El público resultó más sádico de lo previsible y ya desde un principio pedía la muerte de los vencidos. Era como volver a los tiempos del circo romano donde un público siempre ávido de emociones fuertes, exigía la muerte.

La posibilidad de ejecutar o no del vencedor, hacía que el público le gritara pidiéndole esa muerte. Algunos, desde un principio, comenzaron a mostrarse sanguinarios. Ejecutar al vencido era una forma de congraciarse con el público que rugía coreando el nombre del vencedor-verdugo.

Uno de los que obtuvieron este primer clamor fue el yorrícola Growoll, un luchador que había llegado precedido de una gran fama. Aquel ser, fuerte y voluminoso, no perdonaba a ninguno de sus vencidos.

Luchar contra Growoll significaba vencer o morir, por ello valían todas las tretas, todas las argucias. Así era la lucha integral espacial, despiadada e inhumana, pero pedida por el público y permitida por los respectivos gobiernos.

— ¡Growoll, Growoll, Growoll! —rugía el público concentrado en el palacio de la lucha mientras, en el suelo, con un brazo roto y una pierna descoyuntada, el vencido esperaba su fin, mirando al yorrícola con ojos suplicantes.

Growoll alzó sus manos situadas al extremo de los larguísimos brazos propios de su especie. Rió, mostrando la fuerte y temible dentadura, y en medio del clamor, se inclinó sobre el vencido.

Se produjo un silencio tan absoluto, en el pabellón de lucha, que pudo oírse hasta el chasquear de los huesos cervicales al ser partidos. Las respiraciones se habían contenido para escuchar aquel sonido de muerte.

Las manos de Growoll habían cogido la cabeza del vencido haciéndola girar hasta quebrantarle los huesos. La cabeza cayó colgando y los asistentes volvieron a rugir. Growoll abandonó el coso como un auténtico héroe.

Growoll se había ganado el favor del público, savita casi en su totalidad, pues los demás, terrícolas, yorrícolas y humitas, tenían que ver el espectáculo por teletrivisión.

Growoll había dado el público el gozo del sadismo y los espectadores, aclamando a uno, abucheando a otro, sin duda influían en la moral de los luchadores, por lo que aquellos juegos olímpicos prometían ser de lo más sanguinario en cuanto a la lucha integral se refería.

Aquella misma tarde le tocó luchar a David contra un ser del planeta Hum. Era un sujeto extremadamente alto, pero algo delgado y carecía de las proporciones atléticas de David. Este, con su aspecto físico de bellas proporciones, se ganó el favor del público ya en su presentación y así comenzó el combate. Era el primero de la serie de eliminaciones que habrían de llevar hasta la gran final, al cabo de unos pocos días.

El humita resultó un luchador muy fullero. Rehuía las presas y daba grandes saltos para escapar de David.

En uno de sus brincos, consiguió conectar una patada en la

mandíbula de David, derribándolo. De inmediato, se lanzó sobre él para concluir la lucha, pero se encontró con que David lo volteó, levantándolo con los pies.

David giró sobre sí mismo y apresó la cintura del ser de Hum, oprimiéndosela. Lo dobló poco a poco, pulgada a pulgada, y el luchador humita comenzó a sentir el dolor en su espalda a la par que se le terminaba el oxígeno en sangre. Optó por la rendición palmeando el suelo con las manos.

— ¡David, David, David! —rugía el público que abarrotaba el pabellón.

El clamor era tan atronador que ensordecía.

David aguardó un tiempo prudencial y luego se puso en pie. Se produjo un gran silencio.

Había vencido y todos esperaban la ejecución del derrotado, que permanecía tendido sobre el tapiz que cubría todo el coso.

David levantó una mano. Era la señal de la victoria y al propio tiempo la de perdón para el derrotado.

Pese a su victoria, David abandonó el pabellón en medio de un furioso abucheo y el humita Se congratuló de haber escapado con vida de su participación en la olimpíada del planeta Save. Como derrotado ya no tenía que volver a luchar y estaba vivo, que era lo importante.

—Eres un tonto, David —le increpó Emilova, cubriéndolo con la bata para impedir que el sudor se le enfriara sobre el cuerpo.

—No te metas en mis decisiones.

—Soy tu entrenadora.

—Para masajes y entrenamiento; para lo que he de decidir, déjame en paz.

— ¿No te has dado cuenta de que pese a tu victoria te has llevado un gran abucheo?

—No he venido a complacer al público, he venido a vencer. Esto no es un espectáculo, es una olimpíada —protestó David, malhumorado.

—Aunque sea la olimpíada, no deja de ser un espectáculo.

David se metió en la ducha. Emilova, de mal humor, preparó la camilla para darle masaje y suavizarle la piel.

—No quiero entrevistas, no quiero que me molesten.

—Eres un luchador famoso, el mejor de los terrícolas. Deberás someterte a las entrevistas de los periodistas, aunque me parece que ahora todos irán detrás del triunfador, de ese Growoll.

—Pues que vayan, así me dejarán tranquilo.

— ¡Ya puedes ir estudiando a ese Growoll! —le dijo Emilova, casi a gritos, para que su voz se oyera por encima del ruido de la ducha.

—Pues si lucho con Growoll y no le venzo, ya podrás decirle a Absalonius que se busque a otro.

Emilova miró en derredor, preocupada y temerosa de que pudiera haberle oído.

Antes de la cena, David se encontró con Ben Amar, que le felicitó.

—Sé que has vencido, David.

—Si pierdo, es posible que tengas que venir a verme al depósito de cadáveres, porque tengo entendido que a los extranjeros los congelan y los devuelven a su lugar de origen. ¿Y cómo te ha ido a ti?

—Bien, he pasado las primeras eliminatorias. Gracias a que tú me venciste, he estado estrenándome para superarme a mí mismo y he rebajado mi propio tiempo.

—Magnifico. Debías de tener algo de pereza y yo debí ser el catalizador. Tenemos que celebrarlo.

—Pues abajo en el comedor nos espera Helena...

— ¿Helena?

—Sí, Helena, parece como si te hubiera hablado de un fantasma.

—Como se marchó sin despedirse y no la hemos vuelto a ver.

—Pues ya ha vuelto.

Efectivamente, en el comedor se encontraron con Helena. Sonreía, aunque lo hacía algo fríamente.

— ¿Vas a mostrarnos la metrópoli de noche? —preguntó Ben Amar.

—Si lo deseáis. Ante todo, debo felicitaros; estoy al corriente de vuestros éxitos, los dos seguís adelante en la olimpíada.

— ¿Tuviste problemas con la policía? —le preguntó David directo, sin rodeos.

—Mejor hablar de otras cosas.

—Prefiero que me digas si te molestaron mucho los policías por lo que yo hice; en realidad, la culpa fue mía.

Helena miró a los ojos limpios de David y respondió:

—Laker, el mismísimo director general de seguridad, me interrogó.

— ¿Y eso es un mérito o una desgracia? —preguntó Ben Amar, que siempre tenía la facultad de ser jocoso.

—Laker tiene fama de duro. No le gustó que me saliera de la ruta.

— ¿Le dijiste que la culpa era mía?

—Expliqué lo que había ocurrido. Vosotros sois muy jóvenes y tenéis ganas de divertiros, no hay que darle más importancia. Tuvimos que presenciar un accidente que nada tenía que ver con nosotros y así lo testificó el oficial de policía que estuvo en el lugar donde murió aquel desgraciado. Confidencialmente os diré que podréis divertiros, tengo autorización para conduciros a los lugares de recreo.

—Magnífico —aprobó Ben Amar.

— ¿No puedes buscarle una chica a Ben Amar?

Helena le miró con atención y asintió.

—Sí, ¿por qué no? Pero que seamos vuestras acompañantes no quiere decir que nos comprometamos a ser parte de la diversión,

—De acuerdo, a mí también me hace falta distraerme un poco —

aprobó David—. Cenaremos por ahí.

— ¿Cenar por ahí? —repitió Helena, sorprendida.

—Sí, pero los restaurantes son sociales. —Helena comprobó la hora y encogiéndose de hombros dijo—: Aún podemos llegar a tiempo, aunque me temo que mejor comeríais aquí.

Rechazaron el restaurante para olímpicos y salieron al gran parque donde subieron al vehículo de Helena. En él partieron hacia la metrópoli.

— ¿Cómo es posible que ahora nos dejen pasear por donde queramos, y antes no? —inquirió Ben Amar algo suspicaz.

—Se habrán dado cuenta de que las medidas tomadas han sido excesivamente rigurosas.

David agradeció el aire exterior, aquel aire tan puro que tenían en Save. Anochecía y dos de las cuatro lunas que poseía el planeta ya podían verse.

Le gustaba la lucha como deporte, pero no le agradaba aquella modalidad de lucha que permitía la muerte del derrotado, una muerte que sólo estaba en función de complacer los bajos instintos de los espectadores, aunque oficialmente se dieran otras razones.

Helena se introdujo entre unos edificios y detuvo su vehículo en un estacionamiento reglamentario.

—Ahí tenemos un comedor —dijo, señalándolo con su mano.

— ¿Siempre coméis en lugares así? —preguntó Ben Amar.

—Sí. Aquí los hábitats no tienen cocina, a lo sumo una pequeña cafetera, y el frigorífico sólo es apto para botellas. En realidad, ninguno de nosotros sabe cocinar. El problema de la alimentación está solucionado por nuestro gobierno; sólo tenemos que acudir a los restaurantes y córner, nada más.

—Eso está bien. ¿No te parece, David?

—Sí. ¿Y cuánto os cuestan los tickets de la comida?

—Nada, no se paga. Cada cual puede comer cuanto quiera, la entrada es libre y el servicio de los cocineros y cuidadores está cubierto por personal funcionario del Secretariado de Abastos.

— ¿Y ni siquiera dais propina a los trabajadores del restaurante? —inquirió Ben Amar.

— ¿Propinas? No entiendo.

—Ben Amar quiere decir si no dejáis unas monedas para los que trabajan en el restaurante.

— ¿Y a cuenta de qué? Su trabajo es como el de cualquier otro. Darles propina, como vosotros decís, sería humillarlos, sería considerarlos inferiores y son como los demás.

—Pues, vayamos al restaurante —pidió Ben Amar—. Está visto que aquí no tienen el problema de la alimentación. Eso de no saber ni lo que es una cocina casera es muy práctico.

David, más crítico, opinó:

—Pero es quitarle cierta gracia a las comidas.

Entraron en aquel restaurante que parecía preparado para dos o trescientos comensales. En aquel momento estaba a tres cuartos de su capacidad total.

—Seguidme, es un autoservicio. Cada cual que coja su bandeja, elegid entre los platos que hay en los mostradores de cristal y después a buscar una mesa.

— ¿No nos dirán nada? —preguntó Ben Amar.

—No. Vosotros, como sois terrícolas, pasáis desapercibidos entre nosotros los savitas; somos de la misma especie, nuestros ancestros son los mismos. En cambio, si apareciera por aquí un yorrícola o un humita quedaría en evidencia y los servicios de seguridad los expulsarían. No digáis nada y pasaréis inadvertidos.

—Pero yo soy negro —objetó Ben Amar, mirando en derredor con recelo.

—También hay savitas negros y mulatos, no te preocupes.

Tomaron cada uno de ellos las bandejas y se enfrentaron con el mostrador. En realidad, sólo había tres distintos platos combinados y luego había para escoger unos consomés o sopas ligeras que se tomaban con tazones grandes. Después estaba la fruta como postre y para beber, leche, agua mineral, cerveza o vino.

—Está bien, pero hay poca variedad —opinó Ben Amar.

— ¿Todos los platos combinados tienen salchichas de Frankfurt? —preguntó David.

—Sí, las salchichas llamadas de Frankfurt es nuestro alimento nacional.

—Son gordas —opinó Ben Amar—. Unas salchichas gordas y con un color marrón dorado que las hace apetecibles. ¿Son de cerdo o de ternera?

—En realidad es un combinado de todo. Se le añaden vitaminas de todas clases, convenientemente preparadas para que no se destruyan por el camino. Estas salchichas están pensadas para que a nuestros cuerpos no les falten proteínas, sales minerales, vitaminas; nada. Está comprobado que es el alimento más completo que poseemos. Sólo comiendo estas salchichas, sin nada más, podríamos vivir sin problemas años y años.

—Pues además tienen buen aspecto, veremos qué tal saben —dijo Ben Amar.

Se sentaron en una de las mesas. El ruido ambiental era grande, había conversaciones para todos los gustos. David pareció ser reconocido por algunos comensales, pero no hicieron más que cuchichear entre ellos.

—Creo que me han reconocido. ¿Me expulsarán antes de que termine de cenar? —preguntó David.

—No creo —respondió Helena—. Además, venís conmigo.

—Oye, esta salchicha está muy rica.

—Cómetela toda y verás que bien te sienta. Son ciento cincuenta gramos de peso cada una, pero muy estudiadas.

Mientras comía, David comentó:

—Esto es como un pienso compuesto, pero sabroso y de aspecto apetecible. Creo que Vuestros científicos de alimentación han dado en el clavo. Si dais esta receta a los gobernantes del planeta Tierra, es posible que dentro de poco comamos allá lo mismo que vosotros, aunque me parece que comer cada día igual ha de resultar muy notorio. Me sentiría casi como un cerdo o un conejo de granja.

—Aquí estamos más acostumbrados. En cuanto a la receta, no creo que la consigáis. La fórmula sólo la conocen los miembros del equipo de químicos y médicos que se ocupan de la dirección técnica de la factoría productora de salchichas, nuestro alimento nacional.

— ¿Y el pueblo no conoce la composición exacta? —preguntó David.

—Completamente, no; bueno, sabemos que llevan proteínas cárnicas e incluso de pescado y otras muchas cosas, pero la administración opina que es preferible no divulgar la composición completa de nuestro alimento nacional para que nadie pueda cogerles manía o alergia psíquica. La verdad es que no dañan en absoluto. Como veréis, para nosotros la comida tampoco es problema. Nuestro sistema de alimentarnos en restaurantes como éste resulta más barato para el gobierno y para todos. Sería una pérdida inútil de tiempo que cada uno de los savitas se entretuviera un par de horas diarias en su cocina. Además, los alimentos obtenidos así, en gran escala, resultan menos caros por el envasado, ausencia de publicidad, etcétera.

—La verdad es que tienes razón —admitió Ben Amar—. Y la comida es buena.

— ¿Y si en un restaurante se come mal porque la cocina se degrada? —preguntó David.

—No hay problema. Existe un buzón de opiniones y si éstas son negativas, lo cual lo ignora el personal de cocina, la administración los cambia y los manda a otras labores en la factoría.

Cenaron aquella comida savita de la que los terrícolas ni siquiera habían oído hablar antes, pues incluso ignoraban que los apartamentos y chalets en general carecían de cocina. Tampoco existían comercios de alimentación, pues quien tuviera hambre sólo necesitaba acercarse a uno de los restaurantes del pueblo y para el pueblo, controlados por la administración gubernamental del planeta Save.

Cuando abandonaron el restaurante, Helena ya había establecido comunicación con otra savita y se encontraron con ella en una videoteca.

El local era espacioso y unos proyectores enviaban imágenes tridimensionales al centro de la pista sin que hiciera falta pantalla alguna. Allí., unas chicas cantaban y bailaban sin que en realidad existieran, pues se podía cruzar a través de sus cuerpos.

El espectáculo era electrizante y atrevido. Respecto a la sexualidad, existía una total libertad y cerca había una piscina donde chicos y chicas se bañaban desnudos.

—Os presento a Alaira.

Alaira era una joven alta, de metro ochenta y tez mulata, de cuerpo cimbreante. Su boca, algo grande, tenía labios terriblemente sensuales. Sonreía con los ojos y con los labios mientras hacía oscilar sus redondeadas caderas.

A Ben Amar se le encandilaron los ojos mirando aquel rostro, aquel cuerpo.

—Los atletas terrícolas son unos magníficos ejemplares —opinó la recién llegada.

—Ben Amar y David.

— ¡Hola, chicos! ¿Nos movemos?

—No sé si voy a bailar con una centenaria, pero me da igual. Vamos —dijo Ben Amar, emparejándose rápidamente con Alaria.

David y Helena se pusieron a bailar también de una forma trepidante.

La música se hizo luego más suave y apareció un cantante melódico en medio de la pista proyectado desde el centro de control tras salir de una cinta de videotape grabada en tres dimensiones. El efecto era tan real que cualquiera hubiera podido jurar que aquel hombre estaba allí y no en otra parte, o quizá muerto ya.

— ¿Cómo os aparejáis aquí en Save? —preguntó David, casi al oído de Helena.

—Pues, si un chico y una chica se gustan, se unen, no tiene más importancia. Si se dejan de gustar, se separan.

— ¿Existe el divorcio?

—No, no hay divorcio porque no existe el matrimonio. Ya te he dicho que nos juntamos o nos separamos, sin más, pero no creas, los hay y no pocos que se aparejan y viven así mucho tiempo, claro que como para nosotros el tiempo no cuenta siempre hay la posibilidad de cambiar. El antiguo matrimonio terrícola tenía como una de sus

funciones fundamentales el que el hombre y la mujer tuvieran compañía adecuada en su vejez, en la enfermedad, alguien que les comprendiera y ayudase a soportar la decadencia progresiva que conducía inexorablemente a la muerte. Todos estos problemas no los tenemos nosotros.

—Pero ¿y los hijos?

—Los hijos no son patrimonio de nada, sino de todo el pueblo. Por supuesto, la maternidad está programada. Las que desean ser madres, lo hacen saber y pasan su ficha a un ordenador. Cuando es el momento adecuado y le llega el turno porque el control demográfico en Save es muy estricto, se le avisa y acude a la clínica de maternidad. Allí ingresa como aspirante a madre.

— ¿Y la función del hombre?

— ¿La función del hombre, te refieres al sistema casi prehistórico de engendrar por las buenas?

—O por las malas, que de todo se daba.

Ella sonrió.

—Aquí eso no tiene importancia, la inseminación es artificial. Se escogen espermas seleccionados para que no haya problemas en la descendencia.

—Y al cabo de nueve meses soltáis el niño y adiós buenas, ¿no?

—Sí, ya se ha cumplido con la función de la maternidad. —No me gusta el sistema, no me gusta nada. ¿Has pasado tú por esa clínica de maternidad?

—No, todavía no, pero estoy apuntada, quizá algún día me avisen. Entonces daré al pueblo de Save un hijo, los cual será un orgullo para mí.

—Hay cosas en vuestro planeta que me gustan, pero hay otras que no me gustan nada. ¿Qué te parece si nos damos un baño?

—Ahora no tengo ganas; además, la cena...

David la cogió entre sus brazos, la alzó en el aire y se encaminó a la piscina.

— ¿Qué haces?

— ¡Al agua!

David se lanzó llevándola entre sus brazos. Se dieron un chapuzón que salpicó en derredor y como iban vestidos, escucharon risas. Cuando volvieron a sacar la cabeza a flor de agua, Helena no parecía molesta y braceó hacia la orilla de la piscina.

David la atrapó por las piernas y le impidió llegar. —Anda, suéltame. ¿Qué pretendes?

—Que me lleves a tu apartamento. Está claro.

—Eso no entra en mi cometido de guía para atletas extranjeros.

— ¿Y tú haces siempre sólo lo que le ordenan?

Se lo quedó mirando con fijeza. Movió ligeramente la cabeza y sonrió.

—Es que no puede ser.

— ¿Por qué?

—Verás, es que todas las hembras de Save somos potencialmente fecundables.

—Supongo que como las de la Tierra.

—Sí, pero las mujeres terrícolas toman sus precauciones de forma personal para evitar embarazos.

— ¿Y vosotras las savitas no?

—No.

—Me parece un poco extraño. ¿Cómo practicáis, entonces, el amor libre sin quedar comprometidas?

—Aquí en Save los controlados son los varones.

— ¿Los varones, seguro?

—Sí. Hay una Dirección General que se ocupa de obtener el semen preciso para que tengamos los descendientes necesarios y que nuestra población no disminuya. Luego, los varones quedan esterilizados y no hay problema para hacer el amor

— ¡Uyuyuy!, a mí esa forma de control no me gusta nada; se ve que soy más salvaje y primitivo que todo eso.

—El peligro de hacer el amor contigo seria la posibilidad de tener descendencia no programada. Lo entiendes, ¿verdad? —dijo ella, pasándose la mano por sus cabellos mojados que chorreaban aún.

—Lo entiendo pero no me gusta. No obstante, podemos pasar un rato de intimidad, quizá mañana yo muera en el coso de los luchadores.

—Sí, admito que es una posibilidad muy desagradable que te has buscado al convertirte en luchador integral.

—No escogí ser luchador, me prepararon desde la niñez sin darme oportunidad de hacer otra cosa. Decidieron que tenía excelentes cualidades para la lucha integral y para eso me prepararon.

—Entonces, tampoco sois libres en la Confederación Terrícola.

—La verdad es que no, y ésa es una cuestión que no me había planteado antes. Ben Amar, más escéptico, más irónico y sarcástico, sí se ha dado cuenta. ¿Crees que se podrían conseguir otros sistemas de sociedad?

—Por lo que yo sé de la historia de la civilización terrícola anterior a la independencia del planeta Save, hubo en la Tierra sociedades más libres, con parlamentos más representativos, pero ¿para qué hablar de hechos que son historia, una historia que se nos procura ocultar?

—Frente a una sociedad que nos desagrada y creo que a ambos nos ocurre lo mismo, podemos rebelarnos.

— ¿Cómo?

—Pues empezando por hacer lo que nos dé la gana, en la intimidad.

La cogió entre sus brazos y la alzó en el aire. Ella se le colgó del cuello riendo; ambos chorreaban, como otros que entraban y salían de aquella piscina de diversión nocturna.

Helena se dejó llevar hasta su vehículo, sin protestar. Sabía hacia dónde iba y lo que sucedería y borró de su mente todas las obligaciones que le imponía la ley del planeta Save. Se había

enamorado de David y eso era lo único que ahora bullía y llenaba su mente que había subido unos grados de temperatura.

CAPÍTULO V

David, el terrícola, fue recibido en el coso de la lucha integral con un abucheo unánime. Era evidente que no había caído bien entre aquel público ansioso de satisfacer sus más bajos instintos.

David estaba dispuesto a participar en la lucha y a vencer, pero no buscaba el apoyo clamoroso de aquel público que le veía en directo y tampoco el de los miles de millones que presenciarían el combate desde sus respectivos planetas, a través de las pantallas de teletrivisión.

Tuvo como contrincante a un yorrícola. En realidad, los combates no se celebraban entre dos individuos del mismo planeta, aunque de cada planeta participaban varios luchadores y sólo cabía la posibilidad de que dos terrícolas se encontraran entre sí o dos yorrícolas o humitas si ambos vencían a todos sus contrincantes y no quedaba nadie más; pero esa posibilidad estaba reservada para el final.

El yorrícola que David tenía como contrincante no era el temible Growoll y el público comenzó a animar al yorrícola. En realidad, deseaban que venciera David y luego le diera muerte por haberles defraudado.

Comenzó la pelea.

Los asistentes rugían en cada ocasión que puñetazos y patadas se cruzaban o alguna presa presagiaba una posible asfixia o rotura de huesos.

David, un atleta integral, sabía evadirse de las presas que trataban de destruirle los brazos, los dedos o las piernas. Giraba sobre sí mismo una y otra vez, demostrando una gran agilidad.

Entre los espectadores había alguien que no rugía, alguien que sufría en silencio, sin demostrarlo; era Helena.

Los luchadores saltaron de un lado a otro y dieron golpes precisos, muy técnicos, pero también tuvieron que encajarlos respectivamente.

Unos instantes en que David cayó al suelo, medio *groggy* a causa de un talonazo que acababa de recibir en mitad de la oreja, su rival trató de aprovechar la ocasión aprisionándole la cabeza.

Comenzó a girársela en molinete para quebrantar los huesos de la cerviz y estaba a punto de conseguirlo.

Se hizo el gran y expectante silencio entre el público que contenía hasta la respiración, a la espera de oír el crujir de las vértebras, mas David giró bruscamente sobre sí mismo haciendo inútil el giro que habían aplicado a su cuello. Al propio tiempo, apresó los genitales de su rival y le dio un dolorosísimo apretón que hizo rugir de dolor y rabia al yorrícola.

Aprovechando aquel instante de confusión, le hizo la presa de espinazo a la altura de la cintura doblándola en arco, hacia atrás. Utilizó sus piernas y brazos para conseguirlo y el yorrícola empezó a sentir como si le estuvieran hundiendo una daga entre la columna vertebral.

No pudiendo resistir más y no viendo la forma de escapar a aquella presa a la que el terrícola le había sometido, palmeó la gran lona del coso de lucha en señal de rendición.

David aguardó un poco hasta que se repitió el palmeo de rendición para que todos quedaran bien seguros de que había vencido. Sonó el «gong» electrónico que indicaba el final del combate.

David soltó al derrotado y levantó una mano como vencedor y

en demostración de que no iba a convertirse en su verdugo.

El abucheo fue superior al de la primera vez. El pabellón de lucha semejó que iba a hundirse ante las protestas generales.

David, despreciando al público, seguía los dictados de su conciencia. No ejecutaría al derrotado. Había vencido y ésa era su obligación como atleta olímpico.

Emilova le aguardaba malhumorada.

—Sabía que le vencerías, pero ¿por qué ponerte al público en contra?

—Porque me da la gana.

—Te estás volviendo muy raro, David. ¿Sabes que el mismísimo Absalonius estaba presenciando el combate?

—No, no lo sabía ni me importa.

— ¿Qué te pasa, muchacho?

—Nada.

— ¿Nada? Creo que sí te pasa algo. Anda, date un duchazo. Absolonius te espera dentro de una hora, en el hotel.

— ¿Para qué?

—Quiere hablarte.

—Está bien —aceptó, resignándose.

Hasta ellos llegó el clamor del público que llenaba el pabellón de lucha, volvía a vibrar.

—Ese debe de ser Growoll. Se ha convertido en el ídolo del público, tú podías haber hecho lo mismo de haberlo querido.

—Growoll es un asesino.

—No se trata de ser asesino o no. Sois luchadores integrales y tenéis el derecho, casi diría que el deber, de matar a vuestros adversarios.

—A mí me gustaría leer.

— ¿Qué tonterías dices, te ha vuelto loco?

—No, no me he vuelto loco, he dicho simplemente que me gustaría leer.

—Sí, sí, ya te he oído. Si quieres, te buscamos un videotape para que te divierta, si eso es lo que buscas; algo sexy.

—No me has entendido —replicó, irritado—. Me gustaría leer algo de historia, de esa historia de nuestra civilización que nadie nos ha explicado. Parece como si no tuviéramos pasado, sólo sabemos desde la fundación de la Confederación hasta nuestros días.

—Y así debe ser. Lo anterior pertenece al período de las guerras mundiales, tiempos de barbarie que, afortunadamente, dejamos atrás.

— ¿Tiempos de barbarie? ¿Acaso son mejores los tiempos actuales? Hacemos lo que se nos manda, carecemos de libertades individuales.

— ¿Quién te está calentando la cabeza, David? Eso es peligroso, podrían aplicarte la ley de subversión —advirtió Emilova, con seriedad.

—Sí, a mí, por querer saber, la ley de subversión, y a los que en Save protestan, también los aplastan. Piden, simplemente, el derecho a envejecer y se les niega.

Mientras David se metía en la ducha y abría el grifo para que el agua saliera en cien finos dardos batiendo contra su piel, Emilova comentó:

—Es un derecho absurdo, aquí nadie les obliga a ser jóvenes siempre. No envejecen y eso es todo.

—Pues no parece que piensen así todos los savitas —le respondió David, casi a gritos, para que su voz sé oyera a través del rumor del agua de la ducha.

— ¿Quieres decir que algunos suponen que existe alguna fórmula para envejecer?

—No sé si existe o no, pero esos que protestan parecen creerlo así.

Aquella misma tarde, Absolonius le recibió en la terraza de su

gran *suite* en el hotel más lujoso de la metrópoli de Save.

—Adelante, David. Toma asiento y pide de beber lo que desees.

—Gracias, pero no tengo sed.

El senador Absalonius, el hombre con más ambiciones de poder dentro de la Confederación Terrícola, se mostró muy amable con David, aunque el joven atleta captó una cierta cautela en su interlocutor.

—Estaba seguro de que obtendrías una victoria detrás de otra.

—He sido preparado desde la niñez para ser el mejor luchador. Trato de no decepcionar a quienes me educaron.

—Muy bien, muy bien, aunque te has puesto al público en contra.

—No me importa.

—Los abucheos pueden minar tu moral, muchacho.

—Los abucheos no me afectan, ya lo habrá comprobado.

—Admito que no te dejas impresionar. En realidad eres un luchador frío y eso es lo que te hace ver las debilidades, o fallos de tus adversarios, pero debes tener cuidado. Has de llegar a la gran final.

—Llegaré.

—Hay un temible enemigo que ha vuelto a vencer.

— ¿Growoll?

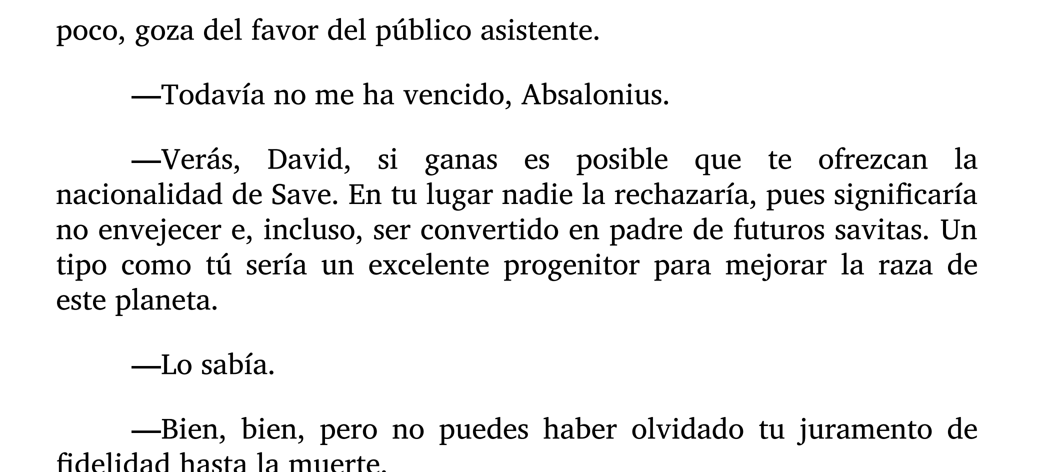
—Si.

—Sé que terminaré peleando con él.

—Si resultas derrotado, te matará. Growoll siempre ejecuta a los vencidos.

—Procuraré sobrevivir.

—Estoy seguro, pero no debes confiarte. Growoll es muy peligroso. Se han cruzado apuestas antes de que hayáis llegado a la pelea final y hay muchos más que confían en él que en ti, Por si fuera



poco, goza del favor del público asistente.

—Todavía no me ha vencido, Absalonius.

—Verás, David, si ganas es posible que te ofrezcan la nacionalidad de Save. En tu lugar nadie la rechazaría, pues significaría no envejecer e, incluso, ser convertido en padre de futuros savitas. Un tipo como tú sería un excelente progenitor para mejorar la raza de este planeta.

—Lo sabía.

—Bien, bien, pero no puedes haber olvidado tu juramento de fidelidad hasta la muerte.

—No lo olvido.

—Si ganas, podrás introducirte entre los savitas y averiguar algo sobre el secreto que tienen para evitar la vejez, que es realmente lo que me interesa.

—El pueblo de Save ignora por qué no envejece.

—Algo de eso he oído, pero alguien tiene que saberlo.

—Por lo poco que he podido averiguar, el secreto está en la alimentación —expuso David.

Absalonius se sintió vivamente interesado y lo acusó en su rostro. Se sabía ya abocado a la vejez y quería escapar a ella al precio que fuera, máxime ahora que su poder iba en aumento.

Era muy posible que terminara como jefe supremo de la Confederación Terrícola.

— ¿Qué es lo que has podido averiguar?

—Nada concreto aún.

—Está bien, pero sospechas...

—Ya se lo he dicho, es muy posible que tenga que ver en ello la alimentación.

—Explícate.

David le contó el sistema de restaurantes savitas y de que todos

los apartamentos y *bungalows* carecían de cocina, pues ni siquiera había comercios expendedores de alimentos, de forma que todos tenían que comer en los restaurantes populares controlados por el Gobierno y comisiones populares, lo que significaba que todos los savitas debían tomar los mismos alimentos.

—Sí, es una teoría muy aceptable que hay que comprobar.

—Creo que el quid de la cuestión está en unas salchichas tipo Frankfurt que se incluyen en todas las comidas, unas salchichas que, según dicen, contienen las proteínas, vitaminas y sales minerales suficientes para sobrevivir.

— ¿Y cuál es la composición de esas salchichas?

—Lo ignoro y parece ser un secreto nacional, ni siquiera el pueblo la conoce, pero debe incluir alguna sustancia que evita la degeneración progresiva de las células humanas, que es lo que origina la vejez. Ese producto lo ingieren los savitas dentro de las salchichas.

—Muy interesante, muy interesante, una cosa tan vulgar como una salchicha de Frankfurt, lo que menos podíamos esperar... Todos pensábamos en algún sistema muy sofisticado o bioelectrónico de regeneración al que los savitas se sometieran periódicamente y parece que no es así. Todo puede radicar en un alimento que ingieren sin conocer cuál es, es decir, todo metido dentro de una salchicha de aspecto vulgar, casi grosero. —Meditó durante unos segundos y sin mirar a David, se preguntó—: ¿Y qué sabor tendrán esas salchichas?

—Bueno.

— ¿Cómo lo sabes?

—Porque las he comido ya.

— ¿Es cierto eso?

—Sí, sí, lo es.

—David, tienes que volver a acercarte a ese alimento y apoderarte de una o varias muestras para que sean analizadas.

—Eso podría significar mi muerte.

—Puede significar el poder de los terrícolas que ya no nos sentiremos inferiores a los savitas. Es una orden, David, tienes que

conseguir por lo menos una de esas salchichas en buen estado. Nosotros la analizaremos adecuadamente y veremos si esa hipótesis puede ser verdad.

—Y si consigo hurtarla, ¿qué hago con ella?

—Dáselo a Emilova, ella se encargará de entregarla en el lugar adecuado. Tú no te verás involucrado en nada, ya lo verás.

David se quedó pensativo, sin rehuir la mirada del senador Absolonius. Se estaba preguntando si valía la pena morir por obedecer a aquel hombre que tanto poder tenía en la Confederación Terrícola y del que se decía que terminaría consiguiendo el poder absoluto, regresando a los tiempos de las autocracias ya desaparecidas, aunque en la Confederación Terrícola poco faltaba ya para quedar sumidos en ellas, pues todas las libertades personales habían desaparecido.

Poco a poco, sin que el pueblo se diera cuenta, desde la niñez eran programados para lo que se les iba a destinar el resto de su vida. Luego, al llegar a la mayoría de edad, no sabían hacer otra cosa.

— ¿Qué te sucede, David?

—Estaba pensando.

—No habrás cogido miedo, ¿verdad? Tú no tienes miedo, lo has demostrado en multitud de ocasiones jugándote la vida. Yo mismo lo he comprobado, por eso has sido sometido a un régimen de entrenamiento superespecial.

—No tengo miedo, Absalonius.

—Estoy seguro de ello; sin embargo, estás preocupado. ¿Piensas que puedes tener dificultades para hurtar una de esas salchichas que contienen todos los alimentos básicos de los savitas?

—Es posible que sí tenga problemas.

—Los superarás, estoy seguro. Si todo va bien, es muy posible que termines siendo mi hombre de confianza. ¿Qué tal crees que te sentaría ser el comandante en jefe de la policía nacional confederada terrícola?

—No ambiciono ese puesto, Absolonius.

—Eres muy joven todavía y estás lleno de ideales, pero pronto te

darás cuenta de que los ideales dejan paso a las realidades concretas.

—Está bien, haré lo imposible por hurtar una de esas salchichas, alimento nacional de los savitas. Espero que en el análisis descubran algo interesante.

—No te preocupes, se descubrirá e inmediatamente lo probaremos con animales de laboratorio.

—Si no vuelvo, es que me han eliminado. Los policías de Save están muy atentos a todos los movimientos de los extranjeros, no quieren perder su secreto de la eterna juventud.

—Lo conseguirás, David, eres el mejor hombre que tenemos para una misión tan especial, pero si tú caes, te seguirá otro, tarde o temprano, el secreto será mío.

Las últimas palabras de Absalonius quedaron especialmente: grabadas en la mente de David. Ahora ya sabía que iba a exponer su vida por el interés de un hombre y no por el interés de todos los ciudadanos de la Confederación Terrícola.

CAPITULO VI

—Growoll ha vuelto a vencer —le dijo Helena, muy preocupada.

—Ya lo sé y era de esperar, es el mejor luchador integral de su planeta.

—Al final os tendréis que enfrentar los dos, tú y él sois los mejores, todos los comentaristas coinciden en esta opinión.

—Eso parece —respondió David, evasivo.

—Growoll ha ejecutado a todos sus adversarios; en cambio, tú...

—Los he dejado a todos vivos, con lesiones propias de las luchas competitivas, pero vivos. Yo no hago daño por placer.

—Si puede, Growoll te matará, todos en Save lo esperan.

—También lo sé, no es nada nuevo, quiere aniquilarme.

—Dicen que eres un orgulloso que desafías a todo el público, adrede.

—No lo hago por arrogancia ni por desafío a nadie, lo hago simplemente porque me repugna eliminar una vida. Me prepararon para luchar desde la niñez, prácticamente no sé hacer otra cosa. Soy un gladiador de la era espacial, pero eso no priva que tenga mi propia conciencia.

Le acarició el cabello. Helena yacía a su lado en la litera, su hermoso cuerpo apenas estaba cubierto por una sábana casi transparente que dejaba ver todas las líneas de su cuerpo.

David deslizó su mano por todo el cuerpo femenino desde el cabello al cuello... Helena se estremecía notando aquellas caricias por toda su piel y no parecía que la tela de la sábana estuviera entre ella y los dedos acariciantes y amorosos del terrícola.

— ¿No puedes abandonar, David?

—No, sería acusado de cobarde. Me regresarían al planeta Tierra y allí sería confinado en un campo de castigo y de los campos de castigo no sale nadie vivo. Se aplica un casco que, mediante un fluido eléctrico, anula definitivamente la rebeldía del preso y son convertidos en animales domésticos hasta la muerte. No hacen falta cadenas, ni siquiera armas para controlarlos, sólo látigos para que obedezcan más rápido. ¡Ah! También son castrados para evitar que deseen la compañía de una mujer.

—Es horrible lo que me cuentas, horrible.

— ¿Ya no estás preocupada por si concibes?

—Sería la primera mujer savita en el último siglo que concibiera un hijo después de mantener relación sexual con un hombre en forma directa. Ahora me doy cuenta de lo aborrecible que es el sistema de ser madre ignorando quién puede ser el padre, por una acción aséptica de laboratorio, como una gallina o una vaca. Todos hemos caído muy bajo, David, lo mismo la civilización savita que la tuya terrícola.

—Tienes razón, pero estamos metidos en el engranaje y debemos seguir adelante. Si encontráramos un nuevo planeta adonde ir…

—He oído hablar de un planeta virgen, no es muy grande. Tiene flora, fauna, atmósfera.

— ¿Y dónde está ese planeta?

—No lo sé exactamente, es un secreto de Estado. Me enteré por una filtración de quienes lo descubrieron. Prefieren no hablar de él para mantenerlo como reserva.

—Sería un sueño comenzar una nueva civilización en él, ¿no crees?

—Sí, un sueño, una civilización de savitas y terrícolas en una sociedad libre y casi salvaje, sin leyes que todo lo cortan y obligan a los ciudadanos a ser lo que ellos mismos no han podido ser, como tú, gladiador de los cosos de lucha integral espacial o como yo, guía y futura madre por inseminación artificial. En un planeta nuevo podríamos ser felices, tendríamos hijos de ti y de mí sabiendo que somos sus padres y que ellos nos reconocerían como a tales. Les ayudaríamos a crecer y luego, que fueran lo que ellos desearan ser.

—Todo eso es un sueño, Helena, una utopía.

—No, no lo es del todo. Ese planeta existe y estoy segura de que hay otros como él esperando ser descubiertos.

—Descubrir planetas de esa clase puede costar generaciones enteras.

—Pero, uno si está descubierto y se halla lo suficientemente lejos para que quienes se afinquen allí difícilmente sean molestados.

David se inclinó sobre ella y besó sus labios con suavidad. Le separó los dientes con la punta de la lengua y jugueteó con ella en una perfecta comunicación. Luego, se separó ligeramente y le besó los párpados que ella mantenía cerrados. Era tanto el placer que

experimentaba bajo las caricias de David que no podía resistir con los ojos abiertos, la visión se le enturbiaba.

— ¿Por qué no intentas averiguar la situación de ese planeta virgen?

— ¿Crees que podría interesarnos?

—Sí, si tú eres capaz de renunciar a la civilización savita, a su eterna juventud.

—Sí, soy capaz. La eterna juventud no da la felicidad a quienes la tenemos. Tú mismo lo has podido comprobar, hay protestas, suicidios. La vida se hace tediosa, se pierden las metas y sólo se busca diversión y más diversión, hasta llegar a ese circo de sangre en el que tú eres gladiador. Todo está hecho. La vida tiene un ciclo y alargarlo sólo conduce al tedio, a la desesperación. ¿Qué somos los savitas? No tenemos más aspiraciones que divertirnos y eso, un día tras otro, hastía hasta la desesperación y lo paradójico es que se nos envidia esta juventud eterna.

David recordó a los dos ancianos que Absalonius tenía encerrados en el planeta Tierra en una especie de pequeño parque natural Aquellos seres envejecido rápidamente; por ello, viendo a Helena tan hermosa, no pudo evitar preguntarle:

— ¿Cuántos años tienes?

— ¿Es importante eso? Ya te dije que para nosotros la edad carecía de sentido.

—Si vamos a otro planeta, envejeceremos.

—Eso no es malo si se envejece con serenidad, con la mente tranquila y el sentido de haber llevado un ciclo constructivo de vida del que podamos sentirnos orgullosos.

— ¿Podrás tratar de averiguar el lugar donde se encuentra ese planeta virgen donde aún se puede comenzar una vida nueva como seres libres?

— ¿Y de qué serviría averiguarlo, si jamás podríamos llegar hasta él?

—Eso no lo sabemos. Anda, vístete, tu amiga Alaira y mi amigo Ben Amar nos estarán esperando para cenar.

— ¿Te has empeñado en cenar en uno de nuestros restaurantes populares?

—Sí.

—Está bien, vamos.

Helena se incorporó sobre la cama. El estrechó la esbelta cintura y clavando su mirada en las pupilas azules de la mujer, insistió:

—Averigua la situación de ese planeta. Si no logramos, jamás, llegar a él, por lo menos lo habríamos intentado. Sólo es esclavo el que acepta resignadamente su esclavitud y no el que lucha por su libertad aunque caiga en el empeño.

Salieron del apartamento. En el vehículo de Helena recogieron a Alaira y a Ben Amar, que después de ser avisados por el videoteléfono esperaban en una encrucijada de la gran metrópoli.

— ¡Esto es una maravilla! —opinó Ben Amar—. Espero que la olimpíada dure mucho.

— ¿Tu entrenador no te dice nada? —le preguntó David.

—No, parece raro, ¿verdad? Me ha dejado en completa libertad, sabe que en el momento de competir respondo como el primero.

—Sí, parece que tengamos un poco de manga ancha.

Alaira opinó:

—Será porque sois los mejores.

—David, ha sido una suerte encontrarnos con ellas, ¿verdad?

Al decir aquello, Ben Amar pasó su mano por el muslo atractivo de Alaira y ésta, como réplica, le acarició la barbilla.

—Sí, hemos tenido suerte, pero tengo que hablarte de cosas interesantes.

— ¿De cosas interesantes? Si lo paso magnífico, lo malo es que esta vida se terminará pronto.

— ¿Se te da bien formar parte del pilotaje de una nave espacial?

—Tengo el carnet de astronauta de segunda, pero me atrevo con

una nave *charter*.

—Eso está bien. Ahora, a ver si de una condenada vez sois sinceras las dos.

Alaira y Helena quedaron atentas, aunque Helena no perdía su atención en la conducción.

— ¿En qué tenemos que ser sinceras? —preguntó la mulata Alaira.

—Es necesario saber la edad que tenéis y no me vale que me digáis que para las savitas el tiempo no tiene importancia.

—Yo soy joven, pero no sé cuánto tiempo tengo —dijo Alaira.

Ben Amar trató de concretar más.

— ¿Cuánto es joven? Porque vosotras las savitas lo mismo tenéis un siglo y parecéis unas niñas. Bueno, eso de niñas… —Al hacer su comentario, se quedó mirando fijamente los atractivos y altos pechos de Alaira.

—Como diecinueve años.

— ¡Magnífico! —palmoteo Ben Amar.

David preguntó entonces a Helena:

— ¿Y tú?

— ¿Yo?

—Sí, tú, siempre te niegas a responder.

—No lo sé con exactitud, es un secreto. ¿Sufres?

—Sí, sí, sufro.

— ¿Por qué?

—Algún día te lo diré si es que se presenta la ocasión y no he sido exterminado por vuestras fuerzas de policía.

David, comprendiendo que era inútil insistir, pues ella no cedía en sus respuestas, decidió no volver a preguntar la edad real de Helena, aunque la duda le corroía.

Si la sacaba del planeta Save, quizá comenzara a envejecer en la misma proporción que Absolonius había observado, diez años para una savita contra un año de un terrícola debido al envejecimiento contenido.

Si Helena era ya muy mayor, aunque no lo pareciera, pasaría de sus aparentes veinte años a más de cien con todas sus consecuencias y sólo pensar en eso le aterraba.

Llegaron al restaurante.

El local, como siempre, estaba lleno o casi lleno, ya que todos los savitas, sin excepción, comían en aquellos restaurantes. Los que se hallaban enfermos tenían un servicio de comidas a domicilio que variaban muy poco de las que ofrecían los restaurantes populares.

David tomó dos platos en su bandeja y se colocó tras Ben Amar, ocultándose en parte. Evitando ser visto, metió una de las salchichas savitas dentro de una bolsa de plástico que mantuvo debajo de la bandeja.

Al llegar a la mesa y colocar la bandeja sobre el tablero, dejó caer la bolsa que contenía la salchicha por el interior de la abertura de la camisa.

—Te falta la salchicha —dijo Alaira, mirando uno de los platos vacíos.

—Tenía hambre y por el camino... Son muy sabrosas y como que necesito mucha recuperación...

Helena carraspeó y todos se pusieron a comer. Al terminar la cena, Helena propuso dar un paseo hacia las playas al sur de la ciudad.

David pudo ocultar bien la salchicha que debía entregar a Emilova, quien, a su vez, la pasaría a los científicos de Absolonius.

Se tendieron sobre la arena. David se acercó a Ben Amar y le habló al oído sin que las chicas pudieran escucharle.

—Ben Amar, ¿estás contento con el sistema de la Confederación Terrícola?

— ¿A qué viene ahora esa pregunta? Esto es un paraíso y estamos bien acompañados, ¿no?

—Sí, pero existe un planeta virgen que podríamos utilizar para comenzar una vida nueva.

—Pero ¿de qué hablas?

—Verás, ellas no están a gusto con el régimen de Save y nosotros tampoco con el de la Confederación Terrícola. La verdad es que antes no me había dado cuenta de que era un muñeco movido por la voluntad de Absolonius y de los tipos como él, ya que fui fabricado para ser un gladiador de la lucha integral y nada más.

—Eso ya te lo decía yo y tú no te lo creías.

—Pues, al fin he abierto los ojos.

— ¡Ah, muy bien! Ya has abierto los ojos, ahora tendrás que convertirte en un cínico escéptico o reventar de rabia al ver que eres impotente para cambiar el sistema en que estamos inmersos.

—Es cierto, no podemos cambiar el sistema pero podemos comenzar el nuestro en otra parte, el sistema más natural de todos. Viviríamos como parejas libres en un planeta virgen, un planeta todo para nosotros y para nuestros descendientes.

—Eso es un sueño imposible. Si existe ese planeta, estará tan lejos que resultará inalcanzable.

—No lo creas, ese planeta existe, lo que se mantiene en secreto es su localización. Si conseguimos apoderarnos de una nave espacial podríamos vivir allí como seres libres sin tener que luchar unos contra otros para divertir a los sádicos que se aburren, que buscan una juventud eterna y no saben para qué, porque hasta el vicio termina convirtiéndose en tedioso.

—Si es cierto que existe ese planeta puedes contar conmigo para cometer esa burrada de apoderarnos de una nave, lo que nos puede costar la vida.

—Tengo una idea —dijo David, de pronto.

— ¿Cuál?

—Ya te la diré en su momento.

—No, no, si me juego la vida quiero saber de qué se trata.

—Una idea para tener una nave, pero di si cuento contigo para

huir juntos.

—Si vamos acompañados de hembras, sí, porque ponernos a vivir solos en un planeta virgen no me atrae aunque seas muy guapo. —Y se echó a reír.

—No seas idiota. Helena ya ha dicho que está de acuerdo, ella averiguará las coordenadas de la situación del planeta virgen.

— ¿Y Alaria?

—Eso es cuenta tuya.

—Entonces, no le digo nada y cuando sea el momento, la meto en la nave y me la llevo.

— ¿Como en tiempo de los trogloditas? —preguntó David, divertido pese a lo tenso de la situación.

—Tú no le digas nada a Alaria, es cosa mía. Te aseguro que es un bocado precioso y me gusta una barbaridad, pero no, no...

— ¿No qué?

—No se deja, ya me entiendes. Besitos, caricias, arrumacos, eso sí, pero a la hora de la verdad, nada de nada, y eso se podría terminar a la brava en un planeta virgen y seguro que ella me mimaba después.

—Eres un machista, Ben Amar. ¿No te ha contado Alaria que ellas pueden hacer el amor con los savitas por una razón muy simple?

— ¿Cuál?

—Pues que sus varones están esterilizados, en cambio tú y yo somos potencialmente unos sementales y eso las preocupa.

— ¡Eh!, ¿qué cuchicheáis todo el rato? —preguntó Alaria, mostrando sus dientes blancos que refulgían gracias a la reverberación de las cuatro lunas del planeta Save aunque sólo una de ellas, la mayor, estaba en plenilunio.

Permanecieron un buen rato en la playa, contemplando el brillo del mar en calma. Las olas rompían con suavidad, apenas con un palmo de altura. La temperatura era agradable y el viento, casi inexistente.

La luz reverberada por las lunas de Save era suficiente para

poder leer cualquier libro sin necesidad de luz artificial.

—Qué distintas son nuestras vidas —opinó Helena, encarada con la más grande de las lunas que ofrecía toda su redondez iluminada. Era más grande, brillante y amarillenta que la luna que poseía el planeta Tierra como satélite natural.

—Si lo dices porque pertenecemos a planetas diferentes —observó David.

—Sí, y quién sabe, en realidad, de dónde procedemos. Algunos aseguran que los primeros seres inteligentes que llegaron al planeta Tierra y que se cruzaron con antropoides venían de otros mundos y buscaban un planeta virgen.

—Teorías, sólo teorías. Lo que sí es cierto es que vosotras, las savitas, no envejecéis y que los terrícolas sí, y mañana he de pelear en el coso del pabellón de la lucha integral espacial y quizá pasado mañana ya no exista.

—No digas eso, David, no quiero que mueras.

—Tampoco yo deseo morir pero así están las cosas.

—No os preocupéis —terció Ben Amar, convincente—. David es el mejor luchador de la Galaxia.

Alaira, dubitativa, comentó:

—La gente opina que Growoll será el campeón olímpico en la lucha integral, es un luchador temible y sanguinario.

—David le vencerá, ya lo veréis —dijo Ben Amar.

Helena, como si un mal pensamiento cruzara por su mente, un pensamiento en el que veía a David destrozado entre las manos asesinas de Growoll, se giró hacia David y le besó apasionadamente en los labios. Deseaba que la sorbieran, que la trastornaran, que le impidieran pensar.

Concluida la caricia labial, David le susurró al oído: —No temas, venceré a Growoll. Antes no tenía un motivo para luchar, sólo cumplía con lo que me ordenaban. Ahora es distinto y lucharé para seguir vivo, y a tu lado.

—David, David, te amo, no me importa envejecer si estoy a tu

lado.

CAPITULO VII

— ¡Deteneos, terrícolas!

La orden salió seca, tajante e imperativa, de la garganta del oficial de la policía savita.

A David y a Ben Amar (al igual que a los restantes terrícolas que participaban en las olimpíadas) se les podía reconocer fácilmente si no se quitaban el brazalete de identificación que se ajustaba al brazo con una simple presión de la mano.

— ¿Sucede algo, oficial? —preguntó David, viendo al oficial y a los tres agentes que le seguían.

—Vamos a nuestros apartamentos —dijo Ben Amar—, somos olímpicos.

—Sabemos que sois olímpicos —respondió, con un deje de ironía, el oficial—, pero eso no os da derecho a circular por la metrópoli sin guía.

— ¿Sin guía o sin vigilancia? —trató de puntualizar David, mordaz.

—Levanta las manos.

— ¿Qué sucede, es que siendo olímpicos nos van a cachear? — preguntó Ben Amar, remiso en levantar los brazos.

—Sí. Las leyes rigen para todos y el ser olímpico no da derecho a nada especial. Sois terrícolas y, aquí, las leyes para los extranjeros son muy estrictas.

—Está usted muy duro, oficial. ¿Todos los policías actúan igual? —inquirió David, que apenas podía reconocer aquel rostro, medio oculto por la carátula transparente protectora que iba unida al casco de reglamento.

—A vosotros ya os vi en otra parte; parece que sois amigos de buscar problemas.

David comprendió, entonces, que era el mismo oficial que les descubriera cuando habían presenciado el suicidio del savita que había optado por arrojarse desde lo alto de un edificio.

—Será que tenemos mala suerte —rezongó.

—Podéis ser expulsados del planeta Save por incumplir sus leyes.

— ¿Te has fijado, David? Aquí viven como si estuvieran bajo la ley marcial, no se puede ni dar un paseo por la calle sin que te detengan.

—Sólo a los extranjeros —replicó el policía—. No queremos infiltrados extranjeros que puedan degradar nuestro planeta.

— ¿Nos está llamando sucios o algo por el estilo?—gruñó David, ensombreciendo su rostro.

—Sois extranjeros terrícolas, una civilización que se quedó atrás —observó, despectivo, el oficial.

David comprendió que la situación se complicaba. Todavía llevaba encima una muestra de la comida nacional de los savitas, es decir, aquella salchicha que era un alimento integral.

El oficial comenzó a cachearle y no tardó en descubrir la bolsita de plástico que ocultaba la salchicha.

— ¿Qué significa esto?

—Nada, que tenía un poco de hambre, los olímpicos necesitamos

sobrealimentarnos —respondió David, tratando de quitarle importancia.

— ¿Una salchicha? Los terrícolas no recibís este alimento, ¿de dónde la has sacado?

—Pues...

Seguro ya de que no iban a valer los razonamientos y teniendo en cuenta que los policías iban armados, David entró en acción y bajó las manos aplicando ambos cantos por debajo del casco protector, cazándole el cuello.

Ante el terrible golpe, el oficial abrió la boca desmesuradamente detrás del protector de vitroplástico.

Los otros agentes, uno de ellos provisto de las bombonas para hacer desaparecer cadáveres, quisieron actuar, mas David empujó el cuerpo del oficial contra ellos.

— ¡Adelante, Ben Amar!

El oficial cayó, pero tuvo mala suerte. Uno de sus hombres acababa de disparar su arma contra David y en vez de dañar al terrícola, el impacto alcanzó al oficial jefe que se inflamó hasta carbonizarse.

Ben Amar, experto en carreras de obstáculos, se alzó por el aire dando prueba de su gran elasticidad. Cayó con los pies por delante contra la cara de uno de los agentes, mientras David daba cuenta del que llevaba las bombonas.

David sabía que se estaban jugando el exterminio y luchó a muerte.

Sus golpes fueron demoledores y los policías, pese a ir armados, se vieron desbordados.

Ben Amar y David golpearon con inusitada dureza. Uno de los agentes vio la ocasión de terminar con David, pues lo tenía de espaldas, pero no logró lanzarle los rayos destructores de su arma porque Ben Amar había recogido una de las armas caídas y disparó contra él.

Todo ocurrió en cuestión de segundos y en el suelo quedaron los cuatro policías, dos de ellos carbonizados por los disparos.

— ¿Qué hacemos ahora, David? Si nos descubren, nos exterminan.

—Quédate con un arma y yo me quedaré con otra, quizá nos hagan falta.

— ¿Y ellos?

David cogió el desintegrador de espuma que llevaba uno de los savitas y pulverizó los cuatro cadáveres que fueron desapareciendo bajo la espuma que los disolvía en el propio aire. Al secarse la espuma no quedó ni rastro de lo ocurrido.

—Vámonos.

— ¿Y las botellas?

—Las arrojaré lejos de aquí.

No tuvieron suerte; al paso les salieron otros dos agentes.

— ¡Alto!

Ben Amar les disparó, se cruzaron rayos que hicieron saltar piedras y cortaron un árbol que se inflamó.

David les lanzó la espuma disolvente que los inundó por completo y los dos agentes gritaron al verse envueltos en la espuma corrosiva. Sus gritos duraron poco, pues cayeron al suelo y cuando la espuma se secó, ya no quedaba rastro de ellos.

—Hay que huir pronto de aquí —masculló David—. Si nos descubren, estamos perdidos. Por ahora no sabrán que hemos sido nosotros. ¡Vamos!

Al pasar por un jardín muy umbrío, David arrojó las botellas de espuma disolvente de materiales sólidos, minerales y orgánicos. Disparó luego contra las botellas y éstas reventaron, expandiéndose en derredor toda la espuma disolvente.

— ¡Corramos! —apremió David.

Corrían el riesgo de que la espuma les alcanzara y disolviera a ellos también hasta reducirlos a la nada.

Ya a distancia, se volvieron. En el lugar donde habían estallado las botellas, los arbustos, e incluso un árbol, habían desaparecido.

A pie y gracias a sus excepcionales facultades atléticas, los dos olímpicos de la Galaxia llegaron a las inmediaciones de la residencia para olímpicos. Había una discreta vigilancia en derredor.

— ¿Te atreves a saltar la alambrada? —preguntó David, señalando la verja que circundaba la residencia.

—Claro. Un buen salto, te coges a lo alto, giras tu cuerpo por encima de la cabeza dando una vuelta de campana y listos.

—Lo dices como si nada y te juegas el cuello en la caída.

—Verás cómo no.

—Pues, adelante. No podemos entrar por la puerta, ya que llevamos armas y nos las detectarían.

Buscaron un punto de la verja donde no se veía policía a derecha ni izquierda y optaron por el salto tras dar una carrerilla.

Ben Amar fue el primero en saltar. Lo hizo limpiamente y cayó de pies después de dar una vuelta sobre sí mismo en lo alto de la alambrada, agarrándose a ella con la mano.

David optó por el salto de costado. Pese a los dos metros y medio que tenía la alambrada, pasó por encima de ella rozándola, casi rasgándose la ropa, pero consiguió quedar al otro lado.

—Listos, ya no nos cogen —dijo David, tranquilo.

— ¿Notarán la desaparición de los policías? —preguntó Ben Amar.

—Es posible, pero como ellos tienen también problemas con los que practican la protesta, pueden atribuirla a otras causas. Ahora, me harás un favor.

— ¿Qué favor?

— ¿Me guardarás esto?

Le entregó la bolsita de plástico y Ben Amar la tocó, intrigado.

— ¿Qué es?

—Una salchicha.

— ¿Tanta hambre tienes?

—Cuidado, Ben Amar, esto es una muestra que tendré que entregar a Absalonius, vale más que si fuera plutinium.

—Entonces, no me la comeré —se sonrió el atleta negro.

—Si te la comes no te garantizo que Absalonius no te haga abrir en canal para sacar de tu barriga todo lo que pueda para analizarlo.

— ¿Tanto le interesa?

—Sí, mucho. Sería capaz de desencadenar una guerra entre la Tierra y Save.

— ¿Una guerra galáctica por una salchicha? ¡Vamos, anda! —objetó Ben Amar, incrédulo.

—Aunque te parezca imposible, así es.

Ben Amar tuvo la impresión de que aquella salchicha que tenía en su mano comenzaba a quemarle aún estando fría.

— ¿Y por qué no se la das tú?

—Guárdala bien oculta y no digas nada a nadie, ya te la pediré en el momento adecuado.

— ¿Qué es lo que tienes entre ceja y ceja? Mira que nos la estamos jugando...

—Yo siempre me la juego. Aún tengo que luchar con Growoll y ése puede ser mi último combate.

— ¿Y si te sucede algo, qué hago yo, luego, con la salchicha?

—Si yo muero, se la entregas a Absalonius, pero sólo después de que yo muera, de la contrario jamás llegarás al planeta virgen llevándote a tu bella Alaria.

—Bueno, si ése es el premio, la guardaré con mucho cuidado.

—Te conviene. Eso es peor que llevar un explosivo dentro del parlamento de Save. Si te atrapan con ella, te exterminan.

— ¿Por qué, por qué?

—Muy sencillo. Eso, que es el alimento nacional de los savitas y para los cuales no tiene la menor importancia, puede contener el gran secreto que busca Absalonius.

—Está bien, no pregunto más, la guardaré. Menos mal que no he visto perros dentro del recinto olímpico.

Se rió, suavizando la dureza de la situación.

—Ahora, separémonos, es preferible que no nos vean juntos.

David dio un gran rodeo por entre los jardines del área residencial olímpica, confundiéndose con algunos olímpicos terrícolas y también humitas y yorrícolas. De pronto, se encontró cara a cara con Growoll.

— ¡Oh, si eres David, el luchador terrícola! —exclamó con su voz ronca, de difícil entendimiento para los habitantes del planeta Tierra.

— ¡Hola, Growoll! Parece ser que nos encontraremos en el coso.

—Seguro, y tendré el placer de ofrecer tu pellejo sin vida al público que me aclama.

—Todavía no me has vencido.

El yorrícola se rió lentamente, transpirando seguridad y arrogancia.

—Todos saben que yo seré el vencedor olímpico en la lucha integral espacial.

—Hasta ahora te has encontrado con luchadores poco expertos; tus victorias no tienen mérito y lo sabes.

— ¿Corno, que mis vencidos no tenían categoría? —se enfureció —. Me das lástima, terrícola, a ti sí te han tocado contrincantes débiles, tú mismo eres débil.

—Eso ya lo comprobarás en el coso del pabellón de la lucha.

—No tienes carácter de luchador, careces del impulso de matar y así no se puede ser campeón de lucha integral.

—En el planeta Tierra hay unos cánidos que se llaman lobos y son muy fieros. Cuando luchan entre sí, el ganador no mata al vencido

aunque éste quede a su merced.

—No serán muy fieros cuando no matan al vencido.

—Creo que estás en un error, Growoll, pero ya saldrás de él por ti mismo. Luchar deportivamente no es matar, como pareces entender tú y ese público que te aclama y que sólo quiere ver sangre.

—Yo les ofreceré tu sangre y me seguirán aclamando y durante mucho tiempo. Seré el campeón olímpico de lucha integral, el campeón de la Galaxia.

—Sólo puedo decirte una cosa, Growoll.

— ¿Cuál?

—Que tengas suerte.

—Mi suerte será levantar tu cadáver cogido por los pies y mostrarlo a todo el público de la Galaxia para que sepan quién es el campeón. Todas las cadenas de TTV estarán conectadas y podrán ver bien tus despojos sanguinolentos —dijo mientras se reía, muy seguro de su triunfo.

David se apartó de él, asqueado. Ya se habían visto antes del gran combate que sería la final entre los dos luchadores que habían ido eliminando a sus respectivos contrincantes.

Se dirigió al gimnasio donde encontró a Emilova. Esta, con dureza en la mirada y en los gestos, le preguntó:

— ¿Dónde te habías metido?

—Hablaba con Growoll; dice que me va a matar.

—Pues ten seguro que cumplirá su palabra si no le vences tú a él; Growoll es muy peligroso.

—Ya lo sé, pero no voy a rehuirle. Ahora, dile a Absalonius que quiero hablar con él.

— ¿Hablar con el senador Absalonius, para qué?

—No tengo por qué darte explicaciones.

—Bien, bien, pero tenía entendido que debías entregarme algo que yo, a mi vez...

—No sigas y dile a Absalonius que quiero hablar con él.

— ¿Sobre qué?

—No insistas.

—Es que Absalonius está en una recepción, es el hombre más importante de nuestra embajada terrícola.

—Lo sé, pero dile que quiero verlo u os mando a todos al infierno.

Tras aquellas palabras, David se dirigió a las duchas dando por terminado el diálogo con Emilova. Esta, tras permanecer unos instantes dubitativa, decidió cumplir la orden de David que parecía malhumorado.

Después de todo, si era importante lo que el joven tenía que tratar con Absalonius y ella no preparaba la entrevista, la ira de Absalonius caería sobre su cabeza y sabía perfectamente de lo que podía ser capaz el senador cuando se dejaba arrastrar por la cólera, una cólera que todos los que trabajaban directamente para él, como la propia Emilova que había sido puesta junto a David para someterle a vigilancia, no deseaban que cayera sobre ellos.

CAPITULO VIII

El senador Absalonius parecía tener dificultades para controlarse totalmente. Era un sujeto ordinariamente frío, seguro de sí, tajante,

acostumbrado a dar órdenes y con la vista fija en sus ambiciones de poder que no parecían tener otro techo que obtener el mando absoluto de la Confederación Terrícola, una confederación rígida para los ciudadanos, pero débil por dentro, a nivel de altos ejecutivos, quienes miraban con mucha atención a Absalonius, pues sabían que terminaría haciéndose el amo de todo.

Absalonius no estaba acostumbrado a mostrarse débil ante el que consideraba un inferior, en este caso un hombre joven, casi un muchacho, preparado desde la niñez para ser un gladiador de la lucha integral, lo que casi equivalía a decir un hombre criado, mimado, preparado y cebado para morir en los cosos donde los demás iban a dar rienda suelta a su sadismo, a su sed de sangre y muerte, aunque todo se pretendiera tapar con una falsa moral llamándole lucha integral espacial, un deporte galáctico.

— ¿Qué ha pasado, David? —inquirió apremiante, duro incluso —. ¿No te dije que lo que tuvieras que tratar lo hicieras con Emilova? Me estás comprometiendo, tengo que asistir a tres recepciones esta misma noche y estoy aquí porque tú has exigido hablar conmigo y a mí no me gustan las exigencias.

—Tenía que hablar con usted.

— ¿Para qué, has averiguado algo importante?

—Sí.

— ¿Has conseguido ese alimento para ser analizado?

—Tengo posibilidades, muchas posibilidades de obtener una de esas salchichas para que usted pueda analizarla, pero mi situación es muy peligrosa.

— ¿Te acobardas, a estas alturas?

—Yo no me acobardo ahora ni nunca. Mañana tengo que luchar contra Growoll y quizá mañana ya sólo sea un cadáver sólo apto para ser desintegrado.

—Es una posibilidad que tenéis todos los luchadores de tu especialidad, pero yo no creo que seas vencido. Sabes que la lucha integral es la disciplina reina de la olimpíada, la que más atención atrae. Tu combate en la gran final con Growoll será retransmitido en directo para todos los planetas, puedes llegar a la máxima gloria.

—No me interesa la gloria. El fin de todo luchador es la muerte.

—No tanto si después de vencer, de ser el campeón, se retira uno y acepta cargos importantes. Es la vida con la gloria, nadie, en muchas décadas, podrá olvidar el gran combate de la olimpíada en el que estoy seguro tú vencerás a Growoll.

David se daba perfecta cuenta de que Absalonius quería infundirle confianza, darle moral para que no pensara en la muerte, pero seguramente él no estaba seguro de esa victoria después de ver luchar al hercúleo yorrícola.

—Tendrá ese alimento para analizar, pero yo ya sé que me vigilan.

— ¿Sabes que te vigilan, qué ha ocurrido?

—He tenido que eliminar a varios policías savitas.

El senador Absalonius palideció, se notó en su rostro duro y magro.

— ¿Qué dices?

—No me quedó otro remedio.

—Pero ¿te pueden reconocer?

—No, los cadáveres han desaparecido. Seguramente no me asociarán con la desaparición de los policías; por otra parte, ahora los policías savitas tienen trabajo con los manifestantes; hay descontento entre algún sector del pueblo de Save.

—Lo sé.

—Quieren envejecer.

—Son unos estúpidos. Tienen la juventud eterna y pretenden ser viejos.

—Quieren cumplir un ciclo, les hastía vivir siempre igual. Esa clase de vida les lleva a la degradación a través del hastío y los que piensan por si mismos exigen el derecho a envejecer y a cerrar su ciclo de vida física. Si usted consigue que en el planeta Tierra la gente tampoco envejezca, es posible que esas manifestaciones las tengamos nosotros.

—No, eso no ocurrirá.

— ¿Cómo puede estar tan seguro?

—Estoy seguro porque yo opino que para la población en general, lo mejor es el ciclo de vida física, nacer, crecer, madurar y envejecer para luego morir. Mientras haya descendencia, no hay problema en que se mantenga ese ciclo.

—Si no piensa darla a los ciudadanos terrícolas, me refiero a la juventud eterna, ¿para qué quiere conseguirla?

—Para mí —dijo, brillándole los ojos—. De esta forma me convertiría en el emperador eterno de la Confederación Terrícola y quién sabe si, a la larga, en el emperador de la Galaxia.

David observó que el rostro del senador semejaba transformarse al pronunciar aquellas palabras. Se convertía en un visionario con una ambición tan desmesurada que entraba en el campo de la psicopatía paranoica.

El propio senador Absalonius se dio cuenta de que había tenido un ramalazo de debilidad al expresar sus verdaderos sentimientos que siempre mantenía ocultos para que nadie pudiera conocer sus puntos vulnerables.

—Bueno, para que yo consiga mis fines me harán falta hombres de confianza. Tú serás uno de ellos, te lo has ganado a pulso y también gozarás de la juventud eterna. Serás el hombre ideal para ejercer el cargo permanente de comandante en jefe de toda la policía de la Confederación Terrícola. Ahora, ¿qué es lo que tanto interés tenías en decirme?

—Quiero una nave *Plus-Ultra X9.*

— ¿Una nave *Plus Ultra X9,* sabes lo que pides?

—Sí, exactamente una *Plus Ultra X9.*

—Ya, ya lo he oído, precisamente esa es la nave que yo utilizo personalmente.

—Lo sé, es la mejor nave que posee la Confederación Terrícola. Usted puede hacer una llamada a la Tierra y le enviarán una o dos naves como la que yo pido.

—Sí, es posible, aunque de ese tipo de nave tan avanzada no tenemos más de una docena. Son naves muy especiales.

—Sí, por eso usted viaja en una de ellas. La *Plus Ultra X9* es una nave mediana que maniobra como una nave de caza miliciana. En apariencia, es una nave deportiva, pero posee defensas propias por si es atacada. Está bien dotada con todo tipo de suministros y su radio de acción no es limitado, pero casi casi.

—Es verdad. ¿Y por qué te interesa tanto esa nave?

—Si salgo vencedor de la olimpiada quiero tener una posibilidad para huir del planeta Save. Estoy seguro de que seré descubierto por robar el secreto de la eterna juventud de los savitas y quiero tener la fuga cubierta.

— ¿Tan comprometido te ves?

—Sí, después de todo, quien corre los riesgos soy yo.

—Si es así, dispondrás de la nave *Plus Ultra X9.* Yo nada tendré que ver en el asunto, será como si tú me hubieras hurtado la nave, pero si eres perseguido por las naves de vigilancia de Save, será tu problema y no el mío. ¿Comprendido?

—Sí, acepto todos los riesgos.

—De acuerdo, tendrás la nave, mi propia nave. Cuando deba marchar, pediré que me envíen otra para recogerme.

—Entonces, si me entrega la placa de seguridad de la nave, todo estará en orden —le dijo David.

La placa de seguridad era ciertamente la llave de la nave, pues ésta quedaba cerrada en forma hermética. Se introducía la placa de seguridad en una ranura y se abría la puerta automáticamente. Una vez dentro de la nave, la misma placa se metía en el panel de mandos generales de la nave y ésta entraba en funcionamiento.

Sin la placa de seguridad, que poseía en sí misma una triple clave magnética no había posibilidad de poner en marcha la nave que se hallaba estacionada en el astropuerto del planeta Save. En cambio, las grandes naves *charter* se habían quedado orbitando el planeta y los viajeros eran transportados en el *atmo-bus.* Sólo las naves de los altos dirigentes podían estacionarse en el astropuerto sin verse obligados sus ocupantes a subir al *atmo-bus.*

— ¿La placa?

—Sí, la placa. Quiero tenerla yo para desaparecer en la nave en el momento más apropiado.

—Sí, sí, está bien, tú quieres la placa, pero te la daré cuando entregues esa salchicha. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Dele la placa a Emilova y yo le entregaré a ella esa salchicha que es el alimento nacional de los .savitas.

—Recuerda que tu contacto es Emilova, yo nada tengo que ver en todo esto. Luego recibirás las recompensas que ya te he prometido, pero una cosa, David, una cosa importante.

—Usted dirá, Absalonius.

—Entrégale esa salchicha a Emilova antes del combate con Growoll.

David comprendió que el mismísimo Absalonius dudaba que él pudiera salir vivo de aquel combate que todos auguraban que sería el más sangriento de la olimpíada.

—Trataré de conseguir lo que usted desea, Absalonius,pero que Emilova tenga la placa de seguridad de la *Plus Ultra X9*.

—La tendrás no lo dudes. La eterna juventud no vale una *Plus Ultra X9,* ni siquiera un millón de naves como esa, vale más, mucho más. La tendrás y podrás salvar tu vida si los savitas te persiguen.

—Eso será cuenta mía, sé pilotar una nave espacial.

CAPITULO IX

—Todas las entradas para el pabellón de lucha están agotadas — le dijo Helena, mientras conducía a David al área residencial olímpica.

—Ya imagino que la final de la lucha integral ha despertado una gran expectación.

—La mayor expectación habida jamás en Save.

David admitió:

—Es la gran final y todos esperan que Growoll me ejecute en el coso. Quieren hacerme pagar toda la decepción que les he causado al no eliminar a mis vencidos.

—Tienes a todo el público en contra, David. Eso animará y dará fuerzas a Growoll que se sentirá apoyado por el clamor de los espectadores.

—No me importa. Lucharé deportivamente; no con odio, como él.

—No tienes que dejar que te venza. Yo ya he obtenido las coordenadas del planeta virgen.

—Iremos a ese planeta, lucharé por ello y dejaremos atrás las ambiciones de poder y de falsa inmortalidad de terrícolas y savitas.

— ¿Crees que lograremos salir vivos de Save?

—Lo intentaremos, pero no te oculto que corremos el riesgo de ser desintegrados si nos descubren. Si no te importa correr ese riesgo...

—A tu lado no me importa. ¿De qué sirve vivir una juventud eterna si sólo conduce al hastío, a la degradación, a la miseria espiritual por falta de incentivos para seguir sobreviviendo?

Con el vehículo entraron en el área olímpica.

El público ya se acercaba al pabellón de lucha que se llenaría a rebosar y muchos quedarían en el exterior sin poder entrar.

—Tendré el vehículo listo para cuando termines.

—Sí, Helena, tenlo dispuesto, sólo la sorpresa puede darnos el éxito en nuestra fuga de Save.

—Estaré lista, descuida.

David se separó de ella y fue en busca de Ben Amar al que encontró en su habitáculo donde había un catre y una pantalla de TTV para diversión y captación de noticias.

—David, ¿todavía por aquí? —El joven negro señaló la pantalla —. Ya han pasado unas vistas del pabellón de lucha, la gente lo va a llenar de un momento a otro.

—Ben Amar, tú ya has vencido, eres el campeón olímpico de salto de obstáculos, has demostrado que eres el mejor.

—Pero yo no corría el riesgo de morir como tú; claro que ahora, con esa maldita salchicha...

—Dámela.

— ¿Ahora que vas a luchar?

—Sí. Sígueme, pero que no lo parezca, que nadie se dé cuenta. Cuando te haga una señal, te acercas a mí y te daré algo que debes guardar como a las niñas de tus ojos.

—No será otra salchicha, ¿eh?

—No, no te preocupes. Si lo consigo, será la placa magnética para apoderarnos de la nave de Absalonius.

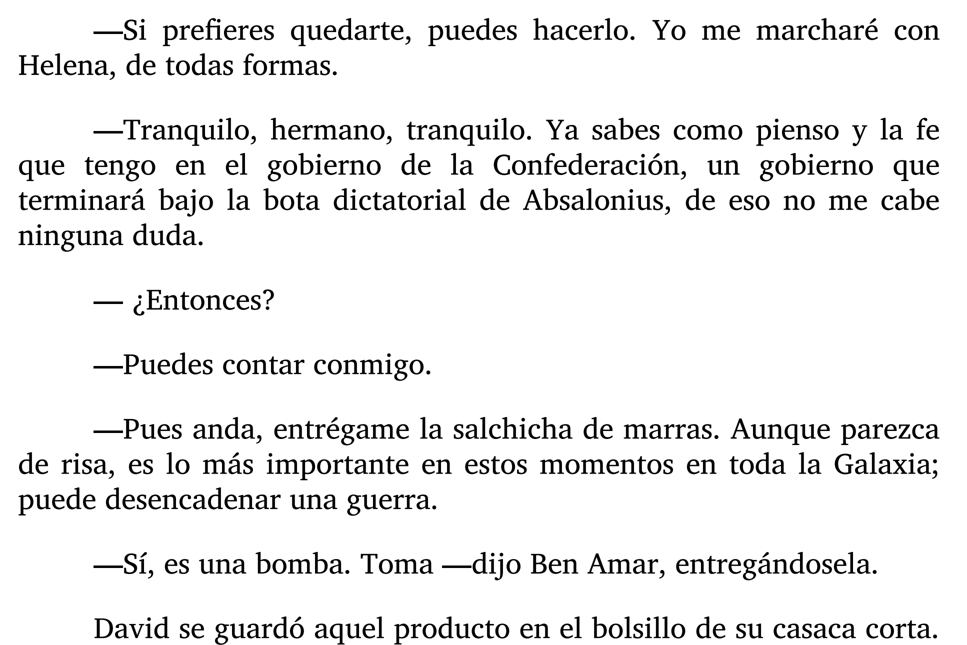
— ¿La nave de Absalonius precisamente, te has vuelto loco?

—No, no estoy loco y si no quieres dormir solo el resto de tus días en un planeta virgen, procura tener cerca a Alaria. La fuga será dentro de poco.

— ¿Cuándo?

—Después del combate, mientras haya una gran confusión, confusión que hemos de aprovechar para la fuga.

—Va a ser una fuga muy temeraria, ¿no crees?



—Si prefieres quedarte, puedes hacerlo. Yo me marcharé con Helena, de todas formas.

—Tranquilo, hermano, tranquilo. Ya sabes como pienso y la fe que tengo en el gobierno de la Confederación, un gobierno que terminará bajo la bota dictatorial de Absalonius, de eso no me cabe ninguna duda.

— ¿Entonces?

—Puedes contar conmigo.

—Pues anda, entrégame la salchicha de marras. Aunque parezca de risa, es lo más importante en estos momentos en toda la Galaxia; puede desencadenar una guerra.

—Sí, es una bomba. Toma —dijo Ben Amar, entregándosela.

David se guardó aquel producto en el bolsillo de su casaca corta. Se encaminó hacia la puerta y advirtió:

—Cumple lo que te he dicho y estate atento, sólo tendremos a nuestro favor la confusión. Si desaprovechamos esos momentos, no habrá otra oportunidad para nosotros. Ninguna savita puede salir libremente de este país y también estoy convencido de que cuando Absalonius se haya salido con la suya, en vez de darme premios y honores como promete, me exterminará.

David se alejó por los corredores del área residencial olímpica y llegó hasta el pabellón de entrenadores. Encontró a Emilova en su habitáculo y ésta, al verle, dijo:

—Deberías estar ya en el vestuario del pabellón de lucha, ahora mismo iba para allá.

—La placa.

— ¿La placa?

—Sí, la que te ha dado Absalonius.

Ella dudó unos instantes mirando las manos vacías de David.

— ¿Traes lo que el senador exige? —preguntó.

—Sí.

—Está bien.

Del forro de su casaca, Emilova extrajo una pequeña plaquita magnética, dorado brillante, que cabía en la palma de su mano.

—Aquí está.

David le entregó, a su vez, la bolsita que contenía la muestra del alimento nacional savita.

—Ahora mismo le daré la muestra al senador —dijo

Emilova.

David apuntó con su dedo entre las cejas de Emilova y en tono de advertencia silabeó:

—Si ésta no es la placa de la *Plus Ultra X9* vendré a por ti y lo pagarás caro.

—Yo te entrego lo que me han dado.

—Pues, que tengas suerte, de lo contrario comenzaré por ti, palabra.

Con la placa que abría la puerta y el funcionamiento de la nave personal de Absalonius, David se dirigió al túnel que comunicaba el pabellón de entrenadores con los vestuarios del pabellón de lucha integral, sin verse obligado a pasar entre el público que afluía masivamente al pabellón para presenciar el espectáculo.

Antes de entrar en vestuarios, lanzó una ojeada hacia atrás. Descubrió a Ben Amar y le hizo una seña para que se le acercara.

— ¿Todo bien, David?

—Sí, toma esta placa y no la pierdas, es la llave de nuestra fuga de este mundo de peleles y no de seres humanos.

— ¿Y qué hago, ahora?

—Busca a tu Alaria y marchad hacia el astropuerto. Quedaos cerca de la entrada para vehículos oficiales.

— ¿Y luego?

—Esperad allí, si no aparezco es que he muerto. Entonces, haz lo

que te venga en gana. Esa placa es la llave para apoderarse de la nave de Absalonius que está perfectamente equipada. Con ella se puede ir a cualquier parte del universo, bueno, de la Galaxia, para ser más exactos.

—David, suerte —le deseó Ben Amar, tendiéndole su mano.

Se las estrecharon y se separaron sin saber si volverían a verse vivos.

Apenas media hora más tarde, David, acompañado de Emilova, pisaba la lona del coso en el pabellón de lucha integral.

— ¿Le has entregado a Absalonius lo que te he dado? —le preguntó David en voz baja.

—Sí.

— ¿Y qué te ha dicho?

—Ha quedado satisfecho. Anda, tómate esta pastilla.

— ¿Ahora?

—Sí. Tómala disimuladamente, te dará fuerzas para la lucha.

David cogió la pastilla entre sus dedos. Bruscamente, se volvió hacia la mujer y delante de todo el público, se acercó a sus labios. Emilova quedó sorprendida y David, rápidamente, le metió la pastilla en la boca y se la cerró con la mano.

—Trágatela tú, o será la primera ejecución que ofrezca a ese público sediento de sangre.

Emilova intentó protestar, pero David la había atenazado por el cuello mientras pegaba sus labios a los femeninos, para que no pudiera escupir la pastilla que había pretendido que él se tomara.

El público comenzó a rugir. Growoll, a distancia, gritó:

— ¡Será tu último beso, terrícola!

Emilova se tragó la pastilla y David la soltó, La mujer le miró con odio y se alejó rápidamente de él, mientras el público aplaudía lo que consideraba casi una despedida amorosa.

Se hicieron las presentaciones de rigor a través del sistema de

megafonía ambiental. Todas las cámaras de TTV enfocaban a los dos gladiadores, aquél era el número rey de toda la olimpíada: Un terrícola frío y deportivo contra un yorrícola descomunal, hercúleo y sanguinario.

Se izaron las banderas de la Confederación Terrícola y de Yorra, se entonaron los respectivos himnos nacionales. Era la gran final.

Growoll recibió el clamor popular, pues todos los que llenaban el pabellón esperaban que él ejecutara a David.

Al fin, abandonaron el coso de lucha todos los que allí estaban menos Growoll y David que quedaron frente a frente. Las cámaras fueron tomando primeros planos de sus rostros.

Los espectadores de TTV, mediante unas escalas graduadas que aparecían en pantalla, podían incluso medir a los contrincantes en estatura, amplitud de tórax, de cráneo, longitud de brazos.

Growoll comenzó a balancear su cuerpo fornido y grande. Sobrepasaba largamente los cien kilos de peso y con los brazos extendidos, sus manos llegaban al suelo, lo que le daba una tremenda envergadura.

Mostró sus mandíbulas bien armadas. Su cuello apenas se notaba, era como si la cabeza estuviera soldada al propio tronco. Ambos sólo vestían un miniprotector de genitales para evitar que un golpe en tales lugares terminara con la lucha.

La piel del yorrícola tenía un color marrón verdoso mientras que David, de aspecto atlético, tenía un color de piel blanco, tostado por el sol.

Los dos se temían, se respetaban, se sabían poderosos y bien preparados. Por ello, se desplazaron en círculo sin acercarse demasiado el uno al otro. Como el tanteo se prolongaba, el público comenzó a abuchearles, exigiendo más acción.

Growoll juzgó llegado el momento de iniciar la pelea y se lanzó sobre David, consiguiendo alcanzarle con las manos que le atraparon por la cintura, lo que podía ser el principio de una presa mortal. El público comenzó a rugir.

— ¡Growoll, Growoll, Growoll!

El yorrícola estrechó su abrazo mortal rodeando con sus brazos

toda la cintura de David, no se sabía si para asfixiarlo o para luego doblarlo hacia atrás y partirle el espinazo.

David se echó hacia atrás al tiempo que apoyaba sus pies en la parte inferior de las rodillas de Growoll tras encoger las piernas de costado. Al echarse hacia atrás, logró voltear por encima de él a Growoll que perdió su presa inicial.

El público que abarrotaba el palacio de la lucha se puso en pie.

— ¡Growoll, Growoll, Growoll, Growoll...!

David escogió la lucha en el suelo y consiguió atrapar la cabeza de Growoll, lo que no era fácil debido a lo exageradamente cuellicorto que era. El yorrícola propinó un gancho al hígado de David que éste acusó, mas no soltó su presa.

Growoll se defendió con fiereza y logró sacarse a David de encima al cogerle una pierna entre sus manos, de tal forma, que David sabía que si no cambiaba de posición, su rodilla saltaría hecha pedazos.

Se liberaron de las respectivas presas y se volvieron a incorporar. Jadeaban, ambos sabían ya que su contrincante era sumamente peligroso.

— ¡Iiiiiiaaaagggg! —rugió Growoll, lanzándose contra el terrícola.

David lo volteó, mas Growoll consiguió propinarle un puñetazo entre las cejas que hizo tambalear al terrícola. Este consiguió el volteo sin soltar el brazo que puso con el pliegue del codo hacia arriba. Se apresuró a colocar su rodilla doblada debajo del codo y se escuchó un tétrico *crash.*

El codo de Growoll quedó partido y éste presintió su fin.

David sabía que aquél era su momento, tenía que aprovecharlo...

CAPITULO X

El brazo de Growoll se astilló por varios puntos y así quedó con los dos brazos colgando, inutilizados y rotos sin posibilidad alguna de luchar con ellos.

El rostro de Growoll cambió totalmente, el terror se pintó en sus ojos. Estaba derrotado, no podía seguir luchando.

David había recibido algunos golpes contundentes, pero estaba bien, no tenía nada que le impidiera proseguir la lucha. Mientras, todo el público, puesto en pie, esperaba en silencio el fin.

De pronto, comenzó a escucharse una voz ronca:

—Mátalo, mátalo, mátalo, mátalo...

La voz fue coreada por los demás:

— ¡Mátalo, mátalo, mátalo...! —rugía al fin todo el palacio.

— ¿A qué esperas? —gruñó el propio Growoll abriendo sus mandíbulas y lanzándose contra David pese a que sus brazos colgaban inertes, dolorosamente inertes.

David alzó su pie derecho y le asestó un talonazo al rostro que lo tumbó de espaldas, fue un golpe que lo dejó *groggy,* pero que estaba muy lejos de ser mortal. Después, David levantó su mano en señal de victoria y de perdón hacia el derrotado.

— ¡Buuuuuuu!

El abucheo de aquel público sediento de sangre fue tan clamoroso, que tembló hasta el edificio del pabellón de lucha integral donde David se había proclamado campeón olímpico.

Growoll, el hombre en el que todos habían confiado, yacía

derrotado, destrozado, pero vivo, mientras David se dirigía a la salida sin esperar medallas ni honores.

Fue corriendo al vestuario y cerca de las duchas encontró a Emilova, cogida a una de las puertas. Parecía que apenas se sostenía y sus ojos se enturbiaban por momentos.

—Has vencido, ¿verdad? —preguntó ella, con una voz que se le quebraba en la garganta.

—Sí. Estás envenenada, ¿no es cierto?

— ¡Maldito hijo de perra...! La pastilla era para ti.

—Te ordenó Absalonius que me la dieras, ¿eh?

—Sí, sí.

Cogida a la puerta, fue deslizándose hasta quedar arrodillada.

—Me das lástima, Emilova. Había llegado a pensar que eras la mejor entrenadora que tenía la Confederación Terrícola y no has sido más que una verdugo a las órdenes del absolutista Absalonius.

—No te dejará vivir, no te dejará, lo ha prometido, lo ha prometido. En realidad te teme, eres joven, joven y...

No pudo decir más, se derrumbó ya junto a la puerta del vestuario. Había resistido hasta comprobar la victoria de su pupilo, cuando, en realidad, ella deseaba la derrota de David, una derrota que habría sido posible si el veneno hubiera mermado sus fuerzas. Growoll habría podido cebarse en él, rompiéndole el cuello o la espalda.

David no pensó siquiera en ducharse. Cogió su ropa y salió corriendo por el túnel hacia el exterior. En el pabellón de la lucha, aún rugía aquel público que se sentía defraudado mientras los altavoces llamaban a David para que se presentara en el *pódium* de honor para ser proclamado campeón de lucha integral espacial.

Sin embargo, el joven corría por los túneles apartando a codazos a quien se interponía a su paso. No tardó en llegar al exterior y fue hacia el vehículo de Helena, la cual, al verle llegar, abrió la portezuela.

Con la ropa en la mano, saltó al interior del vehículo que inmediatamente se alzó del suelo, giró sobre sí mismo y salió


disparado, alejándose del área olímpica mientras en el pabellón se le seguía reclamando y abucheando al mismo tiempo.

—Al astropuerto, entrada de vehículos oficiales.

— ¿Estás bien, David?

—Sí, no te preocupes, sólo he recibido algunos golpes, no es nada.

— ¿Y Growoll, lo has matado?

—No, yo no soy un verdugo.

Helena, que conocía bien la metrópoli, no tardó en llegar a toda velocidad al astropuerto. Cerca de la entrada de vehículos oficiales aparecieron Ben Amar y Alaria que no sabía exactamente lo que ocurría.

— ¡Párate! —le pidió David que ya se había vestido.

La pareja de color subió al vehículo. Ben Amar llevaba consigo las dos armas que habían quitado a los policías savitas.

— ¿Todo bien, David?

—Sí, todo bien. Soy campeón olímpico y deben estar buscándome por toda el área olímpica.

—Si eres el campeón olímpico —observó Alaria—, te harán una proposición para que te hagas savita.

—No me interesa. ¿No es cierto, Helena?

Helena detuvo el vehículo frente a los dos policías que custodiaban la puerta.

— ¿Adonde vais?

—Soy el campeón olímpico, me espera el senador Absalonius —explicó David.

Los dos vigilantes le señalaron la posición de la nave *Plus Ultra X9.*

—No se salgan de la ruta, todo está controlado, pero me parece que el senador Absalonius no está en su nave —le observaron.

—Tenemos que esperarle allí —dijo David.

Helena, acortando la conversación para que los vigilantes no sospecharan y dieran la alarma en el astropuerto, se alejó hacia la nave terrícola.

Ben Amar saltó del vehículo AHC el primero, y acercándose a la puerta de la *Plus Ultra,* metió la pequeña placa dorada en la ranura. La puerta se abrió automáticamente y los cuatro se introdujeron en la nave que volvió a cerrarse. Dentro ya estaba la plaquita tras recorrer un circuito. David la tomó y se fue al panel de mandos mientras preguntaba a voces a Ben Amar:

— ¿Qué tal se te da la artillería?

—Tengo unas ligeras nociones.

—Pues haz un poco de memoria que vamos a tener zafarrancho.

David puso en marcha la nave *Plus Ultra X9* que comenzó a desplazarse. Se elevó en espiral y desde el centro de control del astropuerto empezaron a llegar las órdenes para que se detuviera.

— ¡Todos al diablo! —rugió David.

— ¿Qué hago?

—Quien pega primero pega dos veces. ¿A qué esperas para acallar la torre de control?

Ben Amar, orientándose a través de la pantalla de TTV y lo que captaban las telecámaras, centró la torre de control y disparó contra ella, destruyéndola, mientras la nave se alejaba, aumentando de velocidad progresivamente, aunque no podría alcanzar grandes velocidades hasta que dejaran atrás la atmósfera del planeta Save.

Nadie en el pabellón de lucha podía suponer lo que estaba sucediendo, mas ya las naves de vigilancia de la milicia espacial de Save entraron en acción y David y Ben Amar tuvieron que enfrentarse con media docena de ellas.

Comenzaron los disparos de diversos tipos de láser, ultrasónicos y supertermonucleares.

— ¡Le he dado, le he dado! —gritó Ben Amar al ver estallar una de las naves savitas en la pantalla.

— ¿Qué es esto? —gritó Alaria—. ¡Parece que estemos en guerra!

—En guerra ya estaremos en otro momento —le contestó Ben Amar.

Derribaron tres naves savitas más antes de alejarse lo suficiente para que otras tres naves se mantuvieran a la expectativa.

David dio el máximo impulso a la *Plus Ultra X9* y llegaron a *luz mach point.* Después, el impulso fue progresivo y pasaron a los veinte *point* por encima de la velocidad luz. Ya resultaba totalmente imposible perseguirles. Había escapado del planeta Save en medio de la confusión ocasionada por la olimpíada, cuando todas las máximas autoridades locales y extranjeras se hallaban en el pabellón de donde Growoll había tenido que ser retirado en camilla.

La *Plus Ultra X9* desapareció entre las miríadas de estrellas como un meteorito errante más, aunque no vagaban en el espacio. Helena había dado unas coordenadas espaciales a David y éste las había impreso en el cerebro electrónico de a bordo tras un ligero tecleo. El planeta virgen les esperaba.

* * *

La cascada de agua era amplia, con un caudal tan abundante que no se veía la pared rocosa que estaba detrás. Abajo, el agua se arremansaba en un amplio lago de aguas transparentes donde Helena y David se estaban bañando. En torno al lago, un boscaje hermoso y virgen.

—Esto es magnífico, Helena, magnífico. Llevamos ya tiempo aquí y es como si hubiéramos llegado ayer.

Nadaron hasta la orilla alfombrada de hierba y allí se tendieron el uno junto al otro.

— ¿De verdad eres feliz, David?

—Sí, y menos mal que, realmente, tenías dieciocho años y no cien como me estaba temiendo.

—Quería hacerte sufrir para ver hasta dónde me amabas.

—Pues, ya lo viste. ¿Y tú, te sientes bien en este planeta que es un paraíso?

—Si, mucho. Además, si me hubiera quedado en Save, ahora estaría viviendo el caos que provocó Absalonius.

—Sí, un auténtico caos desde que averiguó que el producto que daba la eterna juventud a los savitas era el caparazón de unos pequeños insectos, una especie de mariquitas, que, una vez machacadas, era lo que daba ese color tan atractivo a las salchichas. Envió un insecticida que acabó con esos insectos en el planeta Save y ahora, todos a envejecer, ya que carecen de esa sustancia que asimilada por el cuerpo humano impedía el envejecimiento que, según habían descubierto los científicos de Save, se debe a los depósitos de sustancia amiloide en los tejidos, especialmente en los capilares sanguíneos, con la consiguiente degeneración de las células.

—Pero, antes de acabar con todos los insectos que proporcionaban la eterna juventud a los savitas, sin que nos enteráramos, Absalonius supo reservarse una cantidad para él.

—Sí, es un megalómano, quiere ser el único hombre inmortal para dominar toda la Galaxia y parece que se ha salido con la suya.

—Papá, papá...

La vocecita les llegó por la derecha. Era un niño muy pequeño que apenas sabía caminar. David lo cogió entre sus brazos y el niño le palmeó el rostro, riéndose.

— ¿No es mejor tener hijos así que como si fuéramos bestias de granja?

—Sí, es otra cosa —aceptó Helena, complacida.

El uno junto al otro, llevando David en brazos al hijo de ambos, se dirigieron a la nave *Plus Ultra X9* que les servía de casa. La nave estaba posada cerca de aquel lugar paradisíaco donde jamás faltaba el agua ni los árboles de frutos silvestres.

Dentro de la nave se hallaba Alaria, con la cintura hinchada, pues se encontraba en avanzado estado de gestación, y Ben Amar que se había acomodado frente a la pantalla de TTV.

- Llegáis a tiempo —les dijo Ben Amar.

— ¿A tiempo de qué? —preguntó David.

—Acaba de salir por pantalla, pero volverán a darlo en diferido, un atentado.

— ¿Un atentado, de qué clase? —se interesó Helena.

—Un comando savita, que no perdonaba a Absalonius la destrucción del insecto que les daba la juventud eterna, le ha atacado cuando salía de palacio. Pese a la guardia personal y al vehículo blindado, no han podido impedir el atentado. Mirad, mirad, ahora sale en diferido...

En la pantalla de TTV, que captaba las emisiones del planeta Save, pudieron ver cómo un comando disparaba poderosísimas armas contra Absalonius y su guardia personal y todos ellos resultaban desintegrados, al tiempo que otros vigilantes desintegraban a los miembros del comando savita.

Aquello significaba el fin de la juventud eterna. Absalonius la había arrebatado a los savitas con una fumigación total del planeta y ahora, los savitas, se la habían quitado a él, desintegrándolo por completo.

—Es el fin —opinó Helena, impresionada por las imágenes.

—Y el principio para nosotros —le dijo David, abrazándola.

- ¡Ah, ah! Me parece, me parece que ha llegado el momento —dijo Alaria, con un gesto de dolor.

—Helena, Helena, ayúdala, que yo también quiero un hijo —le pidió Ben Amar, preocupado.

Aquella misma tarde, un nuevo llanto de bebé animaba el susurro de la brisa entre el follaje del bosque en aquel planeta virgen. Una nueva civilización había comenzado.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.
Impreso en España